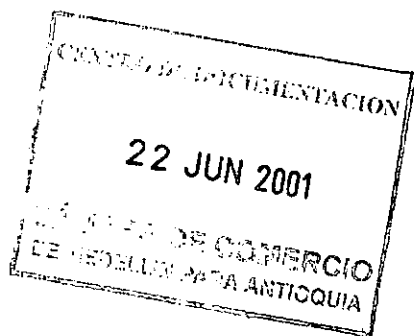


33 170 CA2)
B 748
Ej. 2

MFN 2 13583

Los de la noche
Sor Brígida de la Santa Cruz
En un lápiz la vida
La rueca
Camila Todoslosfuegos
La carretera
Los domingos no pasa nada



1224 (CCM)

Los de la noche

Natalia Botero

Sor Brígida de la Santa Cruz

Oscar Castro

En un lápiz la vida

Silvia Dávila

La rueca

Marcela Lemarie

Camila Todoslosfuegos

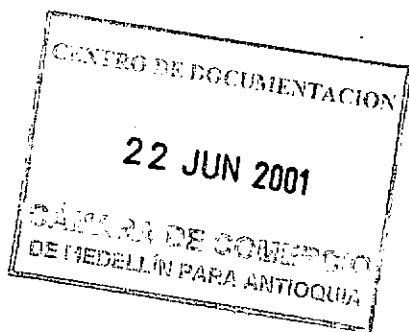
Juan Diego Mejía

La carretera

José Ignacio Murillo

Los domingos no pasa nada

Lucía Victoria Torres



- © Natalia Botero Garcés. Oscar Castro García. Silvia Dávila Morales.
Marcela Lemarie. Juan Diego Mejía. José Ignacio Murillo.
Lucía Victoria Torres
- © Fundación Cámara de Comercio de Medellín para la Investigación
y la Cultura

Botero Garcés, Natalia y otros

Los de la noche y otros cuentos / Natalia Botero Garcés y otros. 1ª ed.
Medellín: Fundación Cámara de Comercio de Medellín para la Investigación y la
Cultura, 1992. 104 p.

Cuentos seleccionados Primer Concurso Literario Cámara de Comercio
de Medellín 1992.

ISBN 958-9221-05-X

1. Cuentos colombianos

I. Título

Contenido

Los de la noche	
<i>Natalia Botero</i>	9
Sor Brígida de la Santa Cruz	
<i>Oscar Castro</i>	19
En un lápiz la vida	
<i>Silvia Dávila</i>	33
La rueca	
<i>Marcela Lemarie</i>	49
Camila Todoslosfuegos	
<i>Juan Diego Mejía</i>	61
La carretera	
<i>José Ignacio Murillo</i>	73
Los domingos no pasa nada	
<i>Lucía Victoria Torres</i>	85



Los de la noche

Por

Natalia Botero

C u e n t o G a n a d o r

CENTRO DE DOCUMENTACION
BIBLIOTECA DEL COMERCIO DE BIEDULLA

Natalia Botero Garcés

Nació en 1968

**Perteneció al Taller de Escritores
de la Biblioteca Pública Piloto
de Medellín, dirigido por
Manuel Mejía Vallejo.**

**Trabajos suyos aparecieron
publicados en la antología
del Taller, *Trabajo de Taller II*,
en 1986. Actualmente estudia
agronomía en la Universidad
Nacional de Medellín**

Oigo sus pasos. Son muy leves. Apenas se distinguen entre el crepitar de la madera y el vuelo de las moscas. Pero los oigo. Son tenues y se acercan. Otra vez los siento. Pasan a mi lado, me rodean y me miran.

En la oscuridad entran a mi mundo presenciando mi somnolencia. Se sientan en la cama cuchicheando. Jalen la cobija y los oigo reírse suavemente, con risas ahogadas de humo. Ahora, mientras duermo, murmuran en mi oído sus sueños.

En el corredor los encontré un día, en aquel sitio especial, ese rincón oscuro al que nunca llega el sol.

Me gustaba ese rincón. Ahí me quedaba, pensando en el frío del cemento y de la baldosa. Los escuché primero. Sus risas eran tenues pero más fuertes que mis pensamientos. En el borde de la luz los miré. Callaron, observándome con curiosidad, con esos ojos vigilantes, rostros sin bocas y con voces. Después de un momento, me senté. Hablamos de nosotros, y ellos me mostraron lo que les pertenecía: cascabeles de colores suaves tomados en la noche de las cunas, con su sonido tranquilizador en manos transparentes y frías. Canicas grises y pardas, que rodaron algún día bajo una cama, o debajo de la escalera, y que no fueron vistas nunca más, aun cuando la cama fue movida y la

escalera despolvada. Me mostraron también fotografías de niños, retratos amarillos de una niñez olvidada. Y su tesoro.

Venía en una caja de balsa, muy liviana y olorosa. La sostuve entre mis dedos sintiendo los bordes lisos y en ellos quedó un rastro de polvillo blanco. Abrí la tapa temblorosa y conmovida.

Conchas

Eran conchas blancas y rosadas, pequeñas, pulidas por el agua. Las toqué emocionada sin saber que no podía llorar ahí. Rebusqué entre las miniaturas, mirándolas con amor, hasta que sentí un tirón. Me quitaron la caja.

Nos quedamos en silencio, mirando las sombras de la casa. Se instalaban en el corredor mientras las mariposas caían muertas y el brillo de la baldosa disminuía. Cuando pude verlos bien, en la noche, les pregunté dónde habían conseguido las conchas.

—¿Dónde?— y sentí mi voz grave, desafinada y ridículamente extraña.

Se rieron. Muy suavemente al principio, pero tanto tiempo que ya todo era humo. Pestañeeé tratando de enfocar las caras, pero no pude. Me miraron con esa expresión que sólo le gusta al que no la recibe. Simpatía y desprecio.

—Nosotros también viajamos. ¿Oyes el mar? Está aquí cerca. Escucha.

Lo oí. El mar que no veía desde niña, que olía a sal y a pescado. Un viento marino atravesó el corredor agitando los helechos inmóviles de doña Laura. Las olas me llegaron a los pies. Los alcé asustada, pero hundí mi mano en la espuma fría. Debajo de mí la arena crujía y burbujeaba y una marea suave subía por mis piernas, un poquito más alto cada vez. Caían gotas en mis ojos, y silenciosa jugué con puñados de arena que lanzaba hacia la oscuridad del agua. Más allá de las crestas espumosas no había ruido. La arena no caía ni se hundía. Me paré atterrizada. Ahí mismo el agua se retiró, las olas no reventaron más y el viento cayó. Yo estaba mojada, tiritando sobre el suelo frío del patio. Retrocedí contra la tapia llorando por la sal y el desconcierto.

—No fuimos nosotros, fuiste tú. Lo sentiste y llegó

Al decir esto, se agachó y recogió, minúscula y nacarada, una concha húmeda.

Estuve un rato pensando, mientras la noche se iba con ellos. No estaba cansada, pero me levanté antes que él lo hiciera y me fui por el corredor hasta empujar la puerta grande de mi cuarto. Olía a papel húmedo y viejo, a libros y a espuma. Encima de la mesita de noche coloqué la foto de nosotros cuando éramos niños y todavía nos tomaban fotos. Al lado, las camándulas y las imágenes de santos que me trafa la familia. Miré las porcelanas empolvadas y la luz que se filtraba por las rendijas de la ventana. Me senté en el sillón de cuero que tiene los resortes malos y recogí los pies para que ninguna cucaracha les pasara por encima. Me dormí.

Amaneció. Lo sentí porque el sol en el patio calentó el suelo. Doña Laura atravesó el comedor lentamente, apoyándose en las sillas y las mesitas. Me vio sentada en mi sillón y parpadeó detrás de sus anteojos gruesos.

—¿No va a desayunar?

—Sí sí, ya voy

Al levantarme arranqué la hojita del día del almanaque, un mar llueve negro debajo de la mano de una modelo. Recordé mi infancia mirando su cara suave. Después fui al comedor. Doña Laura abrió los ojos y su diente brilló de saliva.

—¡Vaya a bañarse! ¿o va a desayunar así, toda...ee...sucias? ¡Vaya, corra!

Me bañé con agua fría y me sequé el cuerpo escuchando los ruidos de platos en la cocina y el zumbido de las neveras. Doña Laura tomaba café sin hablar. Conmigo no hablaba.

Recorrí la casa, empezando por la entrada. Ajusté las puertas del corredor y pasé por los cuartos oscuros, de uno a otro, como un laberinto conocido, sonriendo ante las ventanas cerradas. Miré al abuelo inmóvil sobre la pared y abrí los cajones de

la cómoda. Encontré, amarilla y hueca, una muela. No la toqué. Cerré el cajón. Volví a mi cuarto, a sentarme en mi sillón y esperar que la luz desapareciera. Apenas la vi gris y fría salí al patio. En el comedor doña Laura miraba la televisión. Busqué la baldosa fría y supe que la había encontrado porque la piel se me alborotó. Esperé.

Sentí una mano muy pequeña posarse en mi hombro y bajar por la línea de mi espalda, hasta la cintura. Allí se colocaron otras y sentí su peso encima de mí, y brazos rodeando mi cuello. Voces en mi oído parecían zancudos volando. Me hicieron sentar, jalándome del pelo, con dedos fríos e impacientes. Entonces, él se sentó a mi lado, con ojos verdes de hierba. Me contó historias que no alcancé a entender, me dijo palabras y palabras, hasta que se confundieron y me acordé de las neveras.

—¿Me pides amor?— le dije pasito

—¿Y tú? Eso y todo lo que sientes

Llegaron todos a saludarme. Me tiraban del pie y yo los dejaba porque no sabía qué hacer. El seguía a mi lado, mirándome y los otros soplaron flores hasta que sus pétalos cayeron sobre mi cara.

—Van a despertar a doña Laura. —les dije

Se rieron y continuaron

—Ella nunca se despierta, es verdad. Tampoco ve ni oye las hojas volando. Eso sí es verdad.

El pasó sus dedos por mi cuello, sonriente

Me acosté en el patio para ver mejor el cielo estrellado. Se hicieron todos mi alrededor y en seguida la madera dejó de crujir y las puertas de mecerse.

—No puedes ver muy bien con esa reja —me dijo

—Sí, sí puedo

—¿Para qué es esa reja?

—Para que nadie entre. También hay en las ventanas, por fuera

—¿Entre, o salga?

No le contesté. Sentí náuseas ante esa idea nueva. Me volteé boca abajo en el suelo carrasposo del patio. Un vientecito balanceaba las mecedoras del recibo. Se sentó sobre mis piernas y jugó con sus manos sobre mi espalda, enredando sus dedos en mi pelo y mis orejas. Me contaron lo que hacían mientras la casa dormía.

—Abrimos las puertas de los cuartos, a veces con llaves. Nos acomodamos en las camas, sobre ellos, y aunque estén despiertos, nos miran sin vernos. Los ojos muy grandes, fijos en el vacío, escuchan. Les soplamos en la cara y apenas parpadean. Yo me siento en la cama de Laura y juego con su rosario y su vaso de agua. Le hablo de lo que he visto y cuento sus arrugas. Ella cierra los ojos y jala la cobija y murmura. Creo que reza.

En sus ojos pálidos vi el pavor que inspiraba a mi abuela. La mirada verde volvió a enfocarme.

—Ella no te cree porque no nos ve. Toda la vida le han repetido que las visiones son peligrosas y signos de demencia. Que lo que ve no es, ni tan sólo existe, porque no es cierto. Que sólo es el viento y lo que oye, el trote de una rata. Le han dicho que debe alumbrar la noche y así no le ocurrirá nada malo. Tú, ... tú estuviste en la oscuridad, en los armarios, bajo las camas, en los corredores de la noche, nos viste y te quedaste.

—Sí, aquí estoy

—Nosotros somos los de la Noche

Me paré y me acerqué a la mesita con la que jugábamos a las visitas hace tanto tiempo. Al lado, la sillita de mimbre de Angélica y la mía de cuero, ya rota.

Lo vi todo de nuevo, como era antes. Angélica sentada frente a mí, el cabello trenzado, sonriendo y tomando agua del lavamanos en su pocillo. Tenía dos flores de novios en la teterita y me decía que sonriera, que ya casi llegaban los niños, o mi marido, o cualquiera que hubiese sido inventado aquel día.

Ref, años después, sola, sentada en la silla rota, recordando la vajilla de juguete. La mesita hueca por el comején sostenía mis manos vacías.

Mañana vienen. Y volveremos a estar todos los primos juntos como antes. Angélica no. Ella no vendrá. Ella lo negó, frente a mí, y no quiere volver, ni verme más.

Me recosté para oler la mañana. Una lluviecita caía como vapor y mojaba el patio. Todos cerramos los ojos en silencio. Se acercaron y me miraron. Lo vi transparente.

—Se van —alcancé a decir

—Sí, pero vamos a volver, y si estás acostada iremos a verte dormir. (La mirada verde se posó en la mía) A contarte historias...

Los pájaros del tejado cantaron en ese instante. Ya se habían ido

Descansé quieta, mirando el desagüe en la mitad del patio. Llovía y yo seguía sentada en mi sillita de antes.

Doña Laura estornudó. La oí levantarse y buscar sus pantuflas. Después debió ponerse la levantadora y acercarse al espejo. Un momento de silencio para acostumbrarse a la imagen, caminar lento hacia la puerta del corredor. Bajó la aldaba y empujó. Miró el patio brillante por unos instantes, sin verme a mí, sentada contra la tapia, frente a ella. Parpadeó y extendió una mano al vacío. Se encontraron sus ojos con los de su nieta y toda la luz de su cara desapareció. Retrocedió y cerró la puerta. Pasó al baño por los cuartos.

—¿Vas a desayunar?

La muchacha acababa de entrar. Tenía las llaves en la mano, su cartera, y el paraguas. Esperaba.

—No, hoy no

—Ah, bueno

Y se fue cantando para la cocina. La sentí hablar con doña Laura, primero duro y después pasito. Y siguió cantando.

Hoy viene el señor Mora. Me va a preguntar lo mismo de siempre. Lo sé, porque ¿cuántas veces ha sido? Si soy inteligente, le diré mentiras. Sonreirá y seguirá preguntando. Después hablará con doña Laura, que por primera vez desde que estoy aquí llevará su mano a sus labios con emoción, riendo nerviosamente. No quiero ser inteligente. No quiero decir que no los veo, que me equivoqué. Yo veo la mirada verde, sé que está ahí, un poco más allá de la luz, en el oscuro rincón. Todos están.

—¿Sigues sin dormir? —preguntará el señor Mora.

—No, ya no. Me acuesto temprano

—¿Sigues pensando en la noche?

—No, ya no. No me gusta salir de mi cuarto en la noche. Me da miedo la oscuridad.

—¿Qué ves de noche? —insistirá

—Nada, señor Mora. ¿Qué quiere que vea?

—¿Entonces has dejado esas alucinaciones? —se atreverá el señor Mora.

—¿Alucinaciones? No entiendo. Yo estoy tranquila, me siento parte de este mundo, qué felicidad.

Y el señor Mora me dirá qué bien mi bella niña, pronto volverás al amor de tu familia.

—¿Sigues sin dormir?

—...

—Ya veo. Piensas en la noche, ¿no?

—Yo quiero la noche. Me gusta verla llegar, olerla y sentirla en todas partes.

—Fuera de eso, ¿qué te gusta de la noche? —y su ceja se levanta.

—Los de la Noche

—¿Quiénes son? Yo no los veo.

—No, claro, usted no los ve. No importa, ellos a usted sí. Y eso es lo importante.

El señor Mora habla con doña Laura y los dos sacuden la cabeza. Otra vez me miran y él recoge su maletín, saluda, y abre el portón.

—¡Señor Mora, señor Mora! —le grito

Entra otra vez el señor Mora, una lucecita de esperanza en los ojos

—¿Dime?

—Hoy también van a venir. Todas las noches vendrán. Y yo los esperaré.

Una mirada entre doña Laura y el señor Mora, y yo entre los dos, sentada en el patio esperando. Doña Laura cierra el portón, suspira, y va lentamente al comedor donde la muchacha pone la mesa.

—¿Nada? pregunta ésta

—Nada —contesta doña Laura



Sor Brígida
de la Santa Cruz

Por
Oscar Castro

Oscar Castro García

Nació en 1950

**Licenciado en Filosofía y Letras
de la Universidad Pontificia**

Bolivariana y aspirante

a la Maestría en Literatura

Iberoamericana de la Universidad

Autónoma de Méjico, es profesor

universitario y director

de la revista *Lingüística*

y *Literatura* de la Universidad

de Antioquia. Ha publicado *Sola*

en esta nube* (cuentos); *Señales

***de humo* (narrativa)**

y *Los informes escritos* (ensayo).

Cuentos suyos han aparecido

en antologías de cuento

colombiano y antioqueño

y en diferentes revistas literarias

de la ciudad. Ganó el Concurso

Latinoamericano de Cuento

de la Casa de la Cultura

y el Gobierno del Estado

de Puebla, Méjico en 1979;

el Tercer Concurso de Cuento

Argemiro Pérez Patiño

de la Universidad de Medellín

en 1983; y el Concurso de Obras

Inéditas de Carácter Literario

del Concejo de Medellín en 1988.

Adoptó el nombre de Brígida de la Santa Cruz cuando hizo sus votos como religiosa. El día que quise saber su verdadera identidad, me contestó, en una especie de monólogo: "No tengo ese papel de identificación... Lo boté hace quince años, porque me veía más fea en la foto que en el espejo... Y con la cédula tiré mi nombre al olvido"

En esa fecha ya había salido del convento, pero tampoco quería volver a saber nada de este mundo que le había negado la belleza, y la seguridad y el afecto de un hombre. Nunca supo la causa de su retiro forzoso de la comunidad; tal vez por excéntrica y por sus tendencias al individualismo y a la soledad, según le dijo la Hermana Superiora del convento.

"Hubo otras causas, pero no salí expulsada ni fui reducida a la vida secular. Salí antes de que me echaran a la calle, con una licencia de un año para poner a prueba mi vocación y reflexionar, en medio del acoso de la vida cotidiana, sobre la firmeza de mis convicciones."

Nadie le dio importancia a su persona. La gente pasaba junto a ella sin determinarla, como si fuera transparente. Aunque nunca supo la causa de esa extrañeza, resolvió que de nada le serviría vestirse como las demás mujeres de su época, sobre todo porque al salir del convento se usaba la minifalda con excesiva confianza. Por eso Sor Brígida no lo pensó dos veces y se quedó con el hábito, resignada al anonimato y entregada a sus

prácticas monacales, esperando que pasara el furor de la nueva moda.

Una mañana, tal vez por su costumbre de pedir limosna —práctica cotidiana en su convento—, o por el hambre que empezó a devorar su amor al prójimo —nunca lo pudo aclarar—, consideró como lo más natural del mundo seguir mendigando. Escoger el puente para vivir, pedir limosna para comer y mantenerse aislada como una monja de clausura que tiene en mente el proyecto de construir un convento no se debió a su soledad ni a sus complejos ni al hecho de vivir despreciada por los hombres. Me lo dijo ese día: “el hambre, el frío, el anonimato, todo este humo que se levanta de las orillas del río y mi desprecio por el lujo y la comodidad me recluyeron allí, me señalaron el sitio que Dios me tenía preparado desde siempre, pero que apenas en ese momento se manifestaba como si El mismo me hubiera señalado el territorio, mi forma de vida y mi vocación. Nunca volví a saber de mis hermanas de Cali. Nunca dejé de ser religiosa porque guardé mis votos hasta hoy, incluido el voto de obediencia. Traté siempre de no conversar con los hombres, a quienes eliminé en forma definitiva de mi corazón. Todos los días le ofrecí a Jesucristo Crucificado el sacrificio de tener que responderles si me hablaban, porque Dios manda amar a todos sin distinciones; o decirles algo por la pura necesidad, como pedirles permiso para pasar, porque lo más terrible de mi vida es que no me ven... No he podido saber si es porque de verdad no tengo presencia visible, o por mi carácter de religiosa o por mi falta de atractivos físicos. Por un tiempo estuve convencida de que todo ese desprecio se debía a mi hábito tan destefido o porque no soy monja de andar despacio, con cara de ángel inocente y gestos de Virgen de Fátima...”

Nunca se sabrá el motivo pero ella aseguraba que casi nadie la veía. Andaba muy rápido, pues no consideraba necesario detenerse en ninguna parte, ya que nada de lo que ocurriera a su alrededor podría representar una realidad más esencial que Dios y el mundo interior que buscaba alimentar con su fidelidad al evangelio. No se consideraba una monja como las demás por-

que estaba segura de que su vocación religiosa había nacido con ella. Ese día me confió su inmenso deseo de llegar al martirio; pero con cara de tristeza, me aseguró que tan anhelada gloria no podía suceder en pleno siglo veinte. Alguna vez el arzobispo le envió una citación, pero al imaginarse lo que Su Eminencia le iba a decir y a exigir, y lo que ella nunca podría acatar, prefirió conservar el papel como un recuerdo y un tácito reconocimiento a su condición de religiosa y a su labor con las posibles huérfanas y novicias de su casa. Por eso le ofreció a Dios el sacrificio de no caer en la tentación de la vanidad, pues sentarse en la sala de espera del despacho arzobispal, como la Madre Superiora de una orden universal, significaba para ella la expresión de la más refinada y disimulada vanidad.

“Eso ocurrió cuando el otro, porque el de ahora se fue a vivir a Roma, lo que me beneficia, pues así cómo se va a interesar por una monja que vive debajo de un puente. Mucha agua pasará por aquí antes de que alguien se acuerde de mí, pues cada día no sólo me ignoran más, sino que se reduce el número de personas que se relacionan conmigo: unas se han ido, las pobres viejas que vivían al otro lado del puente; el vagabundo que merodeaba a las tres de la tarde para pedirme las sobras del almuerzo; los dos gamines que se volvieron hombres y se perdieron... Otros murieron, dicen, como el chofer del camión azul que no fallaba con sus cien pesitos semanales, ‘pa usted, porque si no come va a desaparecer en medio de los ventarrones de la tarde’... Tal vez todos ellos permanezcan en el mismo lugar como yo estoy aquí mismo sin verme y sin que me vean, a la luz de la veladora y con este sagrario vacío, pero con mi Dios muy adentro de mí. Cada que se muere alguno de estos pobrecitos seres siento la presencia de Dios y veo la mano de la Virgen tendida hacia mí, como si me quisiera decir que pronto vendrá por mi alma, pero que espere porque me tiene preparada una sorpresa. Lo que más deseo es el martirio, pero en este siglo ya no hay mártires, tal vez porque hay poca fe, pues no he oído decir que hayan matado a alguien como a los primeros cristia-

nos... ¡Perdóname Dios mío esta soberbia y esta vanidad, que yo no merezco llegar a los altares! Perdóne usted también...”

El día de la anunciada visita de inspección, organizó su convento para que cuando llegaran no fueran a dudar. Temía que pensarán que estaba mintiendo, aunque no estaba segura de la legalidad del procedimiento ni de la identidad de los agentes. Sabía con certeza que casi nadie quedaba convencido de su fe y de su fidelidad a la vida religiosa. Todos se habían acostumbrado a la monja pálida y silenciosa, de hábito desteñido, zapatos rotos, impecable toca blanca y canasta en el brazo. Le daban alguna cosa, una papa vieja, un pedazo de panela, un puñado de maíz, carne vieja y casi siempre rancia. Le tiraban panes y arepas que sobraban de las comidas, pero ella nunca mostró desagrado o desprecio. Si algo mostraba ya señales evidentes de descomposición, lo tiraba a los bajos del puente donde los gallinazos esperaban todos los días alguna sorpresa del río, o lo lanzaba a las aguas con la esperanza de contemplar el vuelo de sus negros guardianes.

“En la oscuridad de mi convento me enoja por la incredulidad de la gente, sobre todo de los hombres, porque las mujeres son muy ingenuas y eso también me mortifica, pero Dios sabrá perdonar mis enojos. Cuando llegaron era porque llevaban semanas de sentirse picados por la curiosidad. Pero no lo hicieron de día, sino en la noche más oscura, en medio del aguacero y cuando el río bramaba y el cielo tronaba sin piedad.”

Llegaron armados, tumbaron la puerta de caña en cuyo dintel un delicado aviso de *Clausura* prevenía al caminante. Entraron apuntando contra una sombra invisible, porque el hambre había consumido la mayor parte de su cuerpo y apenas se notaba la presencia de su impecable y raído hábito, como un papel movido por el viento, sin peso y sin cuerpo. Los recibió con una sonrisa virginal y se acurrucó junto al altar como una oveja Bíblica.

“Quisiera desearles todos los males del mundo, pero ni mi religión ni mi condición de religiosa me lo permiten... ¡Oh,

Dios, cómo se consume tu amor por nosotros ya consumidos de odio, egoísmo y violencia!...”

Entraron al convento profiriendo las más soeces e hirientes palabras, y los más escandalosos insultos contra todas las monjas y curas del mundo, que ella nunca escuchó en las plazas de mercado y en tantas calles y callejones por los que anduvo. Algo los contuvo al principio, pero exhibiendo una supuesta autoridad, intentaron tirar al suelo los santos de bulto de la capilla. Después pasaron a la celda y la revolcaron, destruyeron el jergón, quebraron las sillas y empezaron a destruir a patadas las endebles paredes de cartón y de tablas que conformaban el soñado Monasterio de las Hermanas Dolientes de Santa Clara, buscando una cantidad imaginaria de dinero que sin encontrar ya los tenía enloquecidos.

Afuera había quedado el cuarto, esperando ansiosamente su turno, vigilando la llegada de algún sospechoso y preparando el acto final de un rito instintivo o tal vez preparado con anticipación. Entre tanto, los otros, ciegos por la rabia o por el alcohol, quizás poseídos por algún espíritu maligno decidieron castigar a la “monja renegada”, como la llamaron, mientras Sor Brígida, llorando, rogaba a María Inmaculada por su virginidad y su paciencia en medio de los palazos, los azotes, las patadas y los ultrajes... Y la sangre los fue excitando hasta el punto de conducirlos a un intento de violación simultánea, pero no pudieron porque querían hacerlo todos a la vez, mientras ella imaginaba que Cristo no había sufrido tanto, que nunca había estado sometido a una tentación carnal y que en toda su vida no había conocido mujer, según lo había aprendido en el Evangelio; pero aunque estaba segura de que Cristo sí había sufrido tentaciones terribles, sentía la inmensa alegría de compartir el sufrimiento y las vejaciones a la manera de su esposo divino y, por qué no, con mayor dosis de dolor y de humillación. Había llegado la hora de su martirio y recordó al Papa y a la Santa Iglesia Católica, por los que ella, según sus convicciones estaba muriendo en ese momento. Con seguridad, la prensa diría unas cuantas mentiras sobre ella y sus obras, pero con la ironía que la gente

acostumbra para referirse a los sucesos poco importantes pero anecdóticos, y por eso quiso llorar con amargura y desilusión, pero no tuvo tiempo de seguir pensando en nada, al presentir la inutilidad de su sacrificio: "Si Cristo murió ya por todos, de nada vale que alguien vuelva a morir por su prójimo", me dijo con un desánimo tan profundo, que sentí vacilar mis principios religiosos. En ese momento sintió la tristeza de los seres que ven su vida como una hoja seca arrastrada por el viento y pisoteada por los caminantes, y no como una joya que los seres exquisitos guardan en lugares inaccesibles para el resto de los mortales.

Iba a morir por el capricho de unos hombres malolientes y sudorosos, armados e impotentes, porque ninguno pudo llegar hasta donde intentaron en su paroxismo desesperante y estéril. En ese momento entró el último personaje, con un rostro inexpresivo y una mirada fría como la noche. A pesar de su apariencia nada pudo lograr en medio de las risas de sus extenuados compinches. La religiosa, a punto de perder el sentido, alcanzó a balbucear una oración. Aun así, a uno de ellos le dio por patearle el vientre por ser mujer, la pateó de nuevo por inútil, por lesbiana le cayeron otras tantas que se incorporaron a una danza de coces, y que por otras razones inenabizables se merecía muchas más. Entonces reiniciaron su intento de violación...

Si no se hubieran adentrado hasta la tercera galería no habrían descubierto el sagrario. Tal vez la habrían abandonado a tiempo, pero cuando vieron la clave redonda y acerada de la caja fuerte, tras esa endeble puertecita labrada con filigranas y simbolismos cristianos, y cubierta por un hermoso velo bordado con hilos de oro, quizás se hubieran marchado antes de asestarle un golpe fatal. Con todas las fuerzas y los recursos materiales intentaron abrirla; dispararon y encendieron fuego a su alrededor con los pocos trebejos que encontraron en el tugurio, pero todo fue en vano, pues la puerta resistió. Tal vez por esto renació la furia, ya que creyeron que con aporrear de nuevo a la mujer, con zarandearla y torturarla otra vez iban a lograr que les revelara la clave. Pero Sor Brígida había perdido ya el conocimiento,

hecho que no habían percibido por andar entretenidos con el sagrario. Su codicia y su curiosidad por abrir y sacar el contenido no les permitió darse cuenta de una realidad ya consumada. Ni se percataron de que sus amenazas de continuar en otra ocasión, cayeron al río convertidas en lluvia torrencial, porque a las tres y media de la mañana, sin alientos y sin nadie que se compadeciera de ella para llevarla al hospital, sólo podía responder el cielo por medio de rayos, truenos, ventarrones y relámpagos.

“En la policlínica no me creyeron. Un médico le susurró a su enfermera que los locos son muy violentos y que entre ellos tiran a matarse. Le grité que no era loca, que mi locura era Dios encerrado en la prisión del sagrario a causa de la maldad de los seres humanos... Y no volví a sentir nada. Cuando desperté, estaba aquí y no en mi casa... Ahora todo estará destruido y mi capilla asaltada y violado el convento. ¡Quince años de una labor permanente, con dinero de limosnas y de trabajar recogiendo objetos reciclables en el basurero! Pero, como puede ver, estoy en las mismas circunstancias del principio, al pie de un río, muerta de cansancio y adolorida y sin una sola novicia de las ocho que quise que vivieran aquí, cuando este puente aún era la única manera de cruzar el río para los que venían a la ciudad desde el norte”

Eso me dijo, y luego se refirió a las pocas mujeres que conocía, todas madres de familia de muchos hijos, pobres, feas como ella, andrajosas y agresivas. Me contó que ellas piensan que sin un macho al lado es muy aburrido vivir. “Creen que así, semejantes a las bestias y aunque les caigan de vez en cuando y les dejen un hijo, son preferibles a vivir solas. Las he interrogado y dicen que tampoco pueden vivir con ellos... Las maltratan, las insultan, y así y todo les hacen falta. No las entiendo. no me gustan por tontas... ¿Quién iba a creer que los hombres son así? No niego que llegué a desear a un hombre de carne y hueso, al menos para sentir el mundo de otra manera. Cada hombre tiene su mujer, ¿o no?, pero algo de su violencia, de su bestialidad y de su grosería deben tener, porque a casi todas las mujeres con las que he hablado sobre esto me confían lo mismo”.

La religiosa del hospital la miraba como un pavo mira a una gallina en el corral. No le dirigía la palabra y de soslayo observaba sus ademanes. La enfermera le ofrecía la comida con desprecio, y a veces con repugnancia. El médico fue el único sensato y, según me lo confesó, el primer hombre de confianza en su vida, porque la trató como a un ser humano, como a una mujer a la que no acaban de violar, como si la violación no hubiera ocurrido en el cuerpo de una religiosa consagrada a Cristo. No dejó de consolarla y de prometerle que todo volvería a su normalidad, así como antes. Pero ella pensó que sus palabras querían significar, más bien, que nada había sucedido en su vida, que a nadie le importaban sus sufrimientos, que su vida seguiría igual, muriera o sobreviviera...

“Me voy a curar de esta terrible enfermedad y de los destrozos que quedaron en mi cuerpo. Sigo sin entender nada... El hospital es aseado y espacioso, pero está lleno de gente... No comprendo para qué tanta comida... Todos se comen esos alimentos fríos y dejan los papeles y las bolsas a un lado de su cama de moribundos o de enfermos graves, con las sobras y la botella de leche o de refresco, que el enfermo no alcanzó a consumir... Me hace gracia, porque la comida que dan en el hospital es suficiente y ni tan mala... ¡Será porque no estoy acostumbrada a comer tanto de una vez! Quizás ellos tampoco, pero parece que así sufren menos. Yo no sufro, me divierto, pues verlos me hace olvidar el suceso y conocer otra cara de la vida que ni había imaginado. Mi soledad y la insignificancia de mi persona me libran de que me ofrezcan de sus sobrados...”

Continuó diciendo que le divertía ser una monja violada y no una religiosa en el sentido legal de la palabra. Que le daba gracias a Dios por ser más pobre que todos esos hambrientos enfermos que querían matarse de hartazgo en vísperas de su muerte. Que prefería no poseer nada ni ser tenida en cuenta por nadie más que el médico y la enfermera, pues la hermana religiosa tampoco quiso reconocerla, al menos, como una cristiana a punto de morir casi martirizada. Sólo abría los ojos como una gallina espantada, pues Sor Brígida dijo, en el único momento

de humor en todas las entrevistas que me concedió, que las gallinas debían estar pagando un castigo divino, porque todas eran bobas, aunque sólo hacían bien dos cosas: comer y evadir a su perseguidor; pero seguían siendo tan estúpidas que hasta esto mismo haría reír en exceso al más serio de los santos; y, sin darse cuenta de lo que decía, agregó que la hermana Caridad parecía una gallina espantada.

Su agonía duró más de lo esperado. Fue declarada en estado de coma a las pocas horas de ingresar al hospital, pues había perdido mucha sangre y su estado de inanición había acelerado congestiones orgánicas de diverso tipo. No obstante, cuando volví la encontré en una total lucidez, atenta a todos los sucesos que la rodeaban y dispuesta a conversar conmigo como si no estuviera a punto de irse. En un principio quise ser prudente y esperar, pero el médico me dijo que si quería entrevistarla aprovechara porque de ahí no saldría viva. Por esto, la conversación se prolongó hasta un momento en el que ya no sabía si la muerte jugaba con ella o con mi resistencia, pues me sentía cansado y no encontraba otro tema que pudiera interesarle al arzobispo, aparte de la crónica que habían publicado en el periódico. Me estaba desanimando, porque buscaba datos sensacionales, secretos nunca revelados, una intimidad capaz de sorprender y que, además, me justificara algunos beneficios significativos, porque andaba de capa caída con el prelado. Ya me empezaban a cansar sus historias, pero a ella nada le importaba. Me siguió diciendo que le divertía saber que era una monja invisible e inservible; que le había hecho un voto a Dios que ni las santas habían hecho en su vida: no hablarle a los hombres. Me confesó, que la historia de San Luis Gonzaga, según la cual nunca dirigió una sola mirada a las mujeres, ni siquiera a su madre, era una verdadera fantasía, porque los hombres son más curiosos que las mujeres, su espíritu más inquieto y su carne más inestable... Además, aprovechó para manifestarme que todos tienden a interesarse por la persona que dicen despreciar, porque el ser humano se reconoce en el ser que odia, es decir, que le gusta, pero que como ella nunca había dicho que odiaba

a los hombres, por eso pudo dejar de mirarlos y de hablarles, porque le gustaban... Sin embargo, aceptó hablar con el médico, pero para responderle, antes que para dirigirle por propia voluntad la palabra. Sintió simpatía por él, porque se le parecía a la imagen que se había formado de Jesucristo. El médico la llevó a reflexionar en la autenticidad de sus votos y de su religión, y aunque no le dio mucha importancia; sólo cumplió con su deber y la trató como a un ser humano.

Su debilidad, la anemia y la falta de defensas de su organismo, la desnutrición y el lamentable estado en que la habían dejado sus verdugos la llevaban a una muerte imparable. Al menos eso se comentó en el hospital, pues la violencia y las infecciones desatadas después, la pérdida de la poca sangre y la depresión posterior a su lucidez no podían conducirla a otro fin que a la muerte. Me dijo que ya no tenía más que decirme, porque, aunque yo no le creyera, ella no tenía nada que agregar. Sus palabras me conmovieron, no sólo por la lucidez de su afirmación, la cual encerraba una seria crítica a mi labor, sino también porque continuaba convencida de su inutilidad y de su insignificancia en la tierra. Pero cuando le descubrí que era un sacerdote enviado por el cardenal para confesarla y darle la asistencia espiritual necesaria, entonces cambió por completo. En su vida de religiosa poco se había confesado porque le horrorizaba hablarle a un hombre sobre su intimidad y su vida interior. Me dijo que le parecía un desastre mi labor de confesor, ya que todo el tiempo me había comportado como un periodista, cosa que desde la primera vez ella se había imaginado; pero que nunca habría llegado hasta tan lejos, para imaginarse que el cardenal le habría enviado un espía disfrazado de periodista, cuando éste era un sacerdote consagrado a Dios. Y cuando me dijo que yo no era más que "un vulgar averiguador de vidas ajenas", tuve que reprimir unas ganas inmensas de huir, tal vez a causa de mi cobardía y de mi egoísmo que, juntos, se mantenían en una pelea constante, pues yo quería seguir buscando privilegios personales con mi trabajo y por eso pensaba que así podría obtener inmensos e insospechados beneficios, pues siempre había goza-

do de los favores del arzobispo. Al fin y al cabo, la monjita del puente era una pobre demente que ni perjuicios le había traído a la iglesia de la ciudad; en cambio yo, ¡cuánto bien podría hacerle a la Iglesia desterrando las herejías y desviaciones de los cristianos, de manera especial de los que utilizaban los hábitos y las órdenes religiosas para desviar a otros de su fe y de su iglesia!

Absorto en estas meditaciones permanecía en la sala de visitas, mientras la enfermera le revisaba sus heridas y aplicaba las curaciones de rigor. Decidido a concluir con mi papel, aunque con menos convicción que al principio, no pude evitar que me distrajera un fenómeno que estaba sorprendiendo a todos en el hospital, imposible de creerse en un siglo en el que ya no existen mártires ni santos ni milagros. Reducido a mis funciones clericales y oficiales, traté de no dejarme llevar por la imaginación popular o la histeria colectiva, pues en estos casos el mismo demonio, con la apariencia de una entidad celestial, trata de desviar nuestra mente y nuestra fe por los caminos de su maldad. Pero todo fue inútil, pues la vida y la muerte de Sor Brígida de la Santa Cruz no eran compatibles entre sí, ni yo estaba capacitado para comprender e interpretar de otra manera el fenómeno, evidente para todos los que vivimos aquellos momentos.

Una distante sonrisa llena de dulzura, provocó que dos lágrimas rebeldes me impidieran contemplar por más tiempo lo que estaba sucediendo. La caravana se había perdido tras las escalas y salí corriendo tras ella, sin comprender a cabalidad el motivo de las exclamaciones de júbilo y el alboroto que contagiaba con furia a todos en el hospital.



En un lápiz la vida

Por

Silvia Dávila

Silvia Dávila Morales
Nació en 1955
Politóloga de la Universidad
de los Andes,
ha trabajado como periodista
en televisión, en el periódico
El Espectador y las revistas
Cromos y *Semana*

El ligero rumor metálico que produjo el manojito de llaves al despegarse del cinturón del carcelero lo despertó. Cinco y media. Aunque todas las noches se acostaba con la vaga y absurda ilusión de abrir los ojos en la mañana y comprender que todo lo que le estaba ocurriendo no había sido más que una pesadilla, ahí estaba la reja. Un ligero oscilar de los ojos le daba el paisaje total de la celda: cuatro paredes y un catre.

Haría sus ejercicios matinales y, siendo viernes, esperaría a que con el cambio de turno llegaran las hojas de papel que el guardia del fin de semana le prestaba. Habían acordado que si algún día salía, devolvería en moneda contante y sonante las hojas de papel que, desde hacía cinco años, el viejo le suministraba religiosamente los viernes. Se levantó. Pero al tratar de iniciar los ejercicios matinales, sintió un dolor familiar que empezaba en la nuca y bajaba hasta la cintura, y pensó que el esfuerzo sería una tortura. Así que sólo se estiró como un gato —con lentitud— mientras contaba, uno a uno, los barrotes de la celda. Eran siete. Sumados a los tres de la ventana, hacían diez. Volvió a contarlos como si lo hiciera por primera vez. Aunque sabía cuántos eran, enumerarlos se había convertido en el detonador que todas las mañanas ponía su mente en marcha.

Hoy escribiría. La sola perspectiva lo llenaba de ansiedad pues las cartas se habían convertido en la única salida a la esperanza. ¿A quién escribiría esta vez? ¿Al director de la prisión?

¿Al alcalde? ¿A los periódicos? ¿Al Presidente? ¿A los amigos? ¿A la Comisión de Derechos Humanos? No importaba. Ya les había escrito a todos; no una, sino diez, quince o veinte cartas que no habían obtenido respuesta. Aunque no había encontrado manera de comprobarlo, sabía que las misivas que escribía no llegaban a su destino, pero ignoraba en dónde quedaban detenidas. Si en un carcelero indolente que las usaba de papel higiénico, o en un director suspicaz que las intervenía en busca de Dios sabe qué. Era también posible que su correspondencia lograra salir de la prisión, y luego terminara convertida en comida para ratones en alguna bodega oficial de la ciudad. Pero un íntimo palpito lo había llevado a la convicción de que la falta de respuesta a sus cartas, tenía que ver con algún funcionario que detectara en sus cada vez más alarmadas demandas de justicia, una amenaza a su seguridad. En cualquier caso, lo único seguro era que sus mensajes no llegaban a ningún destino.

El día que pisó por primera vez la celda le había parecido imposible creer lo que le estaba sucediendo. Por eso, no se alarmó demasiado y se recostó sobre el catre a esperar que llegara un abogado que, suponía, sería de oficio. Pero el abogado no llegó nunca. Y después de cinco años de esperar acostado, sintiendo cómo surgía desde lo más profundo de la nuca el dolor que ya no habría de abandonarlo, había logrado entender que, contra toda lógica, era tan posible que sucediera como saber que estaba enterrado vivo. Pero el instinto y una fe en la vida que alimentaba todos los días como único recurso de supervivencia, lo empujaba a negarse a creer que alguien escuchara su historia y la ignorara.

Las cartas no llegaban. Ya había intentado ofrecer pequeños servicios locales a los guardias para que las hicieran llegar a su destino. Les había prometido recordarlos cuando saliera, y hasta les regaló parte de su dotación carcelaria. Pero con ello sólo había conseguido perder las pocas cosas que le quedaban, y castigar la esperanza. También, hacía tres años, su vecino de celda había logrado pasar la aduana de la salida, con un carta suya dirigida al alcalde. Pero el joven ex-convicto había salido

con tantas ganas de irse como alma que lleva el diablo, que sin duda el sobre de argumentos y súplicas, había terminado podrido de sudor en quién sabe qué lejano paraje, a donde van a parar aquellos que corren como perseguidos por el diablo.

El lado oscuro de su conciencia lo hacía creer, a veces, que ya había agotado todos los recursos. Era entonces cuando el dolor en la nuca se volvía insoportable. Pero, de nuevo, en el momento en que el viejo guardia se presentaba como una aparición al otro lado de la reja, con un puñado de papel en la mano, una fuerza potente surgía de sus entrañas y las arrugadas hojas se clavaban en sus pupilas, como la mejor y única promesa de que su suplicio no quedaría impune.

A las siete en punto, como lo hacía todos los días, el viejo Matías, un mulato achacoso recluido en la celda contigua, empezó a tararear *La Negra Tomasa*. Una vieja melodía que en la potente voz del viejo, anunciaba a los reclusos el inicio de una jornada vacía. El canturreo que Matías iniciaba casi sonámbulo, iba tomando fuerza a medida que el viejo se levantaba y empezaba su rutina diaria: se quitaba la ropa y la planchaba con las manos. Sacudía el colchón a golpes contra la pared, y cuando estaba listo para salir al patio, la Negra Tomasa había dejado de ser una tímida joven tarareada, y se había convertido en una mujer rebelde y agresiva. Era esa negra salida de la música, la que había sostenido a Matías amarrado a su rutina, a su ropa planchada, a su colchón sin polvo y a la vida.

Lo detuvieron por robo a mano armada quince años atrás y, entonces, el alcalde se había sentido afortunado de tener entre sus manos a un delincuente con quien poder estrenar la recién construida prisión de la isla. La euforia del alcalde, producto de los actos oficiales que hincharon su ego con buenas dosis de atención pública, fue tan lejos, que se olvidó de abrirle un proceso a Matías. Y las cartas que él escribía para el viejo y que éste firmaba con una cruz chueca, tampoco llegaban a ningún destino.

A las siete y media, la Negra Tomasa en la celda contigua estaba a punto de convertirse en una furiosa mulata. De pronto,

una rabia que vivía dentro, y que él tenía buen cuidado de mantener a raya para que no fuera a meterse con su esperanza, dio un coletazo incontenible. Y gritó: "¡Cállate!". El alarido retumbó en el socavón de la prisión y se hizo un silencio que duró el mismo tiempo que él tomó en arrepentirse. En realidad, le agradaba el viejo. Más que agradecerle, sentía un profundo respeto por la mirada silenciosa con la que Matías retaba a los guardias que se entretenían maltratándolo. El problema no era el viejo. Lo que lo enervaba, era esa bendita reincidencia suya en la música. La música, tan atada a fibras vivas, fino coctel de emociones, evocadora, provocativa, bella, viva... Era una lejana música el primer recuerdo que tenía de ese día.

Llegó tarde. Un barbero riguroso queriéndose lucir, se había tomado su tiempo, y cuando terminó la ceremonia de tijeras y se enfrentó con las manecillas del reloj que podía ver por el espejo, se dio cuenta de que el retraso era de más de media hora. Si con la disculpa de ir al barbero, no hubiera venido a dar una vuelta por la ciudad, que le gustaba por haber sido escala obligada de mercenarios de todas las pelambres, estaría a tiempo de llegar justo a la salida de la iglesia.

Descendió del taxi sin pensar en las vueltas y con la sensación de que el vestido le quedaba grande. El hotel que tenía enfrente, brillaba como una luciérnaga gigante enterrada en la oscuridad de la isla. Un lejano e inequívoco vals le mostró el norte de su fiesta. Miró al reloj. Aunque lamentaba no haber llegado a tiempo a sostener un hombro solidario a su mejor amigo en el día de su boda, en el fondo se alegraba haber podido esquivar la ceremonia que incluía docenas de invitados atiborrados en la capilla del hotel.

Llegó por la terraza que rodeaba el salón de bailes, en donde varios huéspedes curiosos se asomaban por los ventanales que daban a la pista, para tratar de ver en primer plano a la blanca novia dejándose llevar al ritmo de su nueva condición de casada. Se cercó felino para, desde la puerta, tener panorámica de lo que lo esperaba. La fiesta estaba en su momento inaugural.

Los invitados, blandiendo copas de champaña, hacían rueda a los novios quienes se esforzaban por cumplir con decoro con una danza que dejó de existir hace cien años. Decidió entonces esperar a que la orquesta terminara confundido entre los curiosos. En medio del salón iluminado, decorado para la ocasión por alguna mano sobreactuada, estaban todos. Los amigos de siempre. Se veían contentos. Ellos y ellas. ¿Por qué no abrir una burbuja en el tiempo y trasladarse a esa lejana isla, en donde estar juntos, era motivo suficiente para inducirlos a cometer esa locura? Porque era una locura.

Si se impusiera la sensatez, tendría que entrar, dar un beso a la novia, brindar con su mejor amigo y volver al aeropuerto. Todo estaba cambiando. El piso en el que le habían enseñado a poner los pies firmes, se movía. Seis años de atrocidades inenarrables estaban sacudiendo a una nación que —enfrentada a la muerte—, había encontrado la fuerza y el modo de rescatar la vida de entre los escombros. Podía respirar el arribo de un mundo nuevo y contundente. Su intuición estaba alerta. Podía ver en cada gesto de esos rostros decididos, la transparencia de otras intenciones. Se abrían paso mecanismos y su corazón, allá adentro, presenciaba gozoso la llegada —o el regreso— de viejas y sabias actitudes. De las ventanillas oficiales desaparecían los frascos de esmalte para uñas, y un optimismo absurdo —porque las matanzas no cesaban—, se apoderaba de la gente aferrada a esa tibia posibilidad de futuro, como saber que era la única salida que quedaba. Todo estaba cambiando, ciertamente. Hasta los funcionarios públicos habían perdido sus milenarias panzas y la caspa en las solapas. Ahora, jóvenes guerreros disfrutaban de las delicias del poder, pero lo usaban. Todo un mundo se escurría por la rendija de la historia y otro estaba en camino a remplazarlo. Se acercaba un tren que haría pocas escalas y él quería asegurarse que en su vida no pasaría de largo.

Una palmada en la espalda lo sacó de sus cavilaciones. Había sido detectado y su introducción a la fiesta era inevitable. Buscó un lugar seguro en donde estar a salvo de las orquestas y cerca de un wiskie. Los invitados continuaban en el viejo ri-

tual de hacer rueda a los novios. Pensó que podía aprovechar la euforia reinante para escurrirse sin ser visto y dejarse caer sobre el colchón mullido de su habitación. Ya había hecho acto de presencia y estaba seguro que después de la segunda ronda de tragos, nadie notaría su ausencia. Los detalles de su discreto repliegue táctico estaban ya en orden en su mente, cuando la novia cayó cómplice en el asiento contiguo y le susurró al oído: —“¿Me harías un favor?”—. Pensó que su suerte no iba a ser mucha esa noche. Existe alguien en el mundo que no haga un favor a un velo de novia que ondea trepidante en plena noche de bodas? —“¿Ves a esa mujer que está allá?”— continuó la novia. *Busqué el lugar que me señalaba el dedo enguantado, y la vi. Sentada, sola en una mesa al fondo. No era bella, pero había más dignidad que resignación en la forma en que asumía la soledad de la mesa. Durante un instante y antes que tuviera tiempo de desviarla, su mirada, que paseaba sin norte por la concurrencia, se detuvo en la mía. Y como una premonición de lo que habría de unirnos, sentí una confusa mezcla de temor y ternura. —“Es una amiga del colegio. No conoce a nadie y ha pasado toda la noche ahí sentada. ¡Sácala a bailar!” —insistió.*

Pensó que no había calculado bien las dimensiones de la mala suerte que tendría esa noche. No quería una pista atiborrada de gente. Quería el colchón mullido, ya no de la habitación en el hotel, sino de la alcoba de su casa. Trató en vano de forzar la mente a elaborar una disculpa limpia, pero la novia fue más rápida: —“Hazlo por mí. Estoy sufriendo por ella.”—. Por toda respuesta se levantó y ordenó a sus piernas a caminar con entusiasmo. Recorrió el corto espacio que la separaba de ella, forzó una sonrisa y estiró la mano: “¿Bailamos?”. *Levantó la cara y me miró a los ojos. El recién concertado acuerdo había sido tan notorio para ella, que lo que hasta ese momento yo había considerado como un gesto solidario con la novia, me pareció, de pronto, una inmensa falta de respeto. Ella estaba al tanto de la treta y, emplazándome con la mirada, estaba a punto de mandarme a la mierda.*

El vestido nunca me quedó tan grande. Aunque lo intentaba, no podía deshacerme del sentimiento de estar haciendo el ridículo, sentimiento al que sólo superaba la certeza de que el ridículo podía ser aún peor. Todo me indicaba dar media vuelta y continuar con mi plan de escape por una puerta trasera; pero seguía ahí parado con la sonrisa pegada a las orejas y una mano estirada en el vacío. Le urgué las pupilas en busca de un perdón bondadoso que me despegara del suelo. Pero aunque no salió a flote el perdón que yo esperaba, sí había un mensaje. Para ella resultaba indigno salir a la pista como botón de un favor cumplido. Pero dejarme ahí parado sosteniendo el ridículo, iba más allá de lo que aguantaba su conciencia. Una mano suave se metió en la mía.

En la pista de baile, los huéspedes que al comienzo se habían limitado a husmear con discreción por las ventanas, se incorporaban con disimulo a la fiesta sin que nadie lo notara. La orquesta retorció instrumentos en un sinfín de complacencias y el trago rodaba a manos llenas. Docenas de parejas bailaban hundidas en la intimidad que delimitan los codos propios y ajenos en una situación de esas. *El contacto con su mano me informó que la mía sudaba. Parada a mi lado, esperaba una seña para tomar alguna dirección. La terraza, pensé. O por lo menos el umbral de la terraza. Allí se alcanzaba a oír la música; no tendría que luchar contra las masas frenéticas y en cambio, respirarla un poco de aire fresco. La llevé de la mano consciente de la inminencia del momento en que tendría que volver a mirarla. Sobre una baldosa blanco y negro, la tomé entre mis brazos y me encontré con sus ojos. Habían perdido la dureza pero, en su lugar, había una mirada acuosa que para mi larga experiencia en navegación de pupilas, resultaba tan rara como misteriosa. La abracé por la cintura y me preparé para iniciar un ritual que siempre me gustaba. Pero en ese momento, la orquesta se detuvo. Alcancé a pensar que podía achacarle al receso obligado de la orquesta la imposibilidad de cumplir con mi misión. Preparé un gesto amable que amortiguara la noticia, pero —de nuevo—, en el preciso instante en que iba a abrir la boca,*

empezó a sonar un bolero. ¿Por qué tenía que ser —precisamente—, un bolero?

Desde hacía varios meses dedicaba sus ratos de ocio a brillar sus mejores armas persuasivas. El blanco era una dama que había logrado atraer su mirada, pero que se negaba a acompañarlo a un lugar que él conocía. Allí, reservaba una pequeña mesa de rincón, pedía una botella de vino blanco helado, se ganaba al *disjockey* para su causa, y se daba un festín de boleros. No había conseguido convencerla todavía, pero alimentaba la esperanza imaginando instantes de un bolero bailado con ella. Una mano estrechada entre la suya; el roce casual de la cara contra el pelo; las rodillas que chocan por accidente; o simplemente, un murmullo de canción entonada sobre el hombro. El sueño se cumplía en la medida en que lo había imaginado, pero con protagonista equivocada.

Al fin y al cabo es un bolero, pensé, y me dejé llevar por la música que me hizo el efecto de un sedante. Pero, de pronto y sin aviso, ella dejó caer la frente sobre mi hombro. "Esto no", pensé. A esas alturas, había sentido pereza, me había sometido al ridículo público, sentía pena por ella, angustia por la situación y un calor insoportable. Pero enfrentarme a un romance con una mujer que no conocía ni me gustaba, superaba todas mis reservas de paciencia. Traté de aparentar que ignoraba esa frente que, con cada paso, oscilaba entre la hombrera y la solapa de mi saco. Y por el rabillo del ojo enviaba urgidos mensajes telepáticos al vocalista de la orquesta, con la esperanza absurda de que detectara mi súplica, y no le diera por repetir la última estrofa.

Mis esfuerzos mentales no encontraron interlocutor. No sólo la canción no terminó, sino que en medio de una distraída vuelta, su pecho se estrechó contra el mío y una mano lánguida rodó cuesta abajo por mi espalda. Intenté encontrar sus ojos en busca de algo que me lo explicara, pero su rostro seguía escondido en mi solapa. La fiesta había caído presa del bolero. Estaba solo. No me quedaba otra salida. Le inventaría una esposa, va-

rios hijos, votos de castidad, enfermedades venéreas... Su cuerpo se apretó con más fuerza contra el mío. No. Le diría la verdad y encontraría una forma dulce de no herir sus sentimientos.

Pero en el momento en que iba a retirarla para hablarle, se desgonzó por completo entre sus brazos. Sus rodillas se doblaron hasta el piso y, desmayada, quedó colgada de sus brazos por los codos. La cabeza cayó hacia atrás dejando el rostro al descubierto. Un hielo lo atravesó de lado a lado. La piel de las mejillas estaba amoratada, los párpados hinchados hacían de tolda a la boca que, desmesurada, buscaba aire a bocanadas. Pequeñas y amorfas protuberancias le deformaban la cara: intoxicada.

El instinto lo indujo a arrastrarla lejos de la multitud hacia la terraza vacía. Forzó la mente a mantenerse serena y le acarició el pelo a manera de perdón anticipado por cualquier cosa que pudiera sucederle. Adentro, en el salón de bailes, el bolero había pasado a buen recaudo y el público encendido pedía a voces un merengue. Un mesero que presencié la escena y se acercó acucioso, le informó que el médico del hotel en días de fiesta, convencido de que sólo tendría que atender sobredosis etílicas, había salido de la isla. Sin meditarlo, le ordenó al mesero que llamara a un taxi.

Se quedó mirando al hombre que corrió en dirección desconocida. Pero al verlo desaparecer en la oscuridad del jardín, lo asaltó la duda de que el muchacho no hubiera entendido la dimensión del desastre y terminara atrapado en alguna vuelta burocrática. Así que decidió correr detrás de él, con ella alzada. A pocos metros, en la parte baja de la terraza, justo al final de las escaleras que conducían a la entrada trasera del salón de bailes, dos taxis esperaban cliente. La angustia tejía un nudo en su garganta y sentía desfallecer las rodillas bajo el peso del cuerpo desmayado.

La acomodé en el asiento trasero, y arrodillado junto a ella, rogué a Dios —sin saber lo que pedía—, que me mandara cualquier otra pesadilla, menos ésta. No sabía entonces que

Dios me estaba oyendo. Ella no se movía; su rostro había perdido las pequeñas y amorfas protuberancias y se había convertido en una gran masa violácea. Acerqué mi mejilla a su nariz para saber si respiraba. Estaba viva, pero sin la menor duda, muy enferma.

—“¿A donde?”— preguntó el conductor del taxi.

No sabía. *Ni siquiera sabía en dónde estaba. Durante el recorrido que había hecho del aeropuerto al hotel a mi llegada, había ocupado mi mente con imágenes de la casa: la muchacha que le da de comer al perro, la correspondencia que esperaba en la bandeja de la entrada, los periódicos que no había tenido tiempo de leer, la mujer del bolero, la oficina, la plata, el futuro, la vida...*

—“A un hospital”, dijo seco. “¡Y rápido!”—

El chofer del taxi convencido de que se trataba de un final de fiesta con abuso de tragos, trató de someterlo a una perorata sobre la poca atención que a la salud le da el gobierno de la isla. El hospital había sido cerrado hacía varios meses y la única posibilidad de atención médica, eran galenos particulares cuyos domicilios desconocía, o apartados centros de salud para atención a los pobres. La serenidad lo abandonaba, y empujado por la certeza de estar a punto de tener entre sus manos a un cadáver, levantó al hombre por el cuello de la camisa y le gritó: —“¡Arranque ya, maldita sea! ¡Esta mujer se está muriendo!”

Recorrieron unos cuantos metros y la gigante mole del hotel iluminado se transformó en casita de pesebre. Un inmenso terreno baldío y seco debía ser lo que escondía la oscuridad de la noche en la que entraba sin remedio. Ella apenas respiraba. —“¿Para dónde vamos?”—, preguntó. El conductor habló de un puesto de salud situado a unos veinte minutos de camino, y antes que él revirara, remató: —“Y no me pida más, porque es lo único que hay por aquí cerca”—. El hotel desapareció en el horizonte pero, en cambio, un ligero temblor apareció en las piernas de ella. El auto que avanzaba sobre carretera destapada, en cada sacudida golpeaba su cuerpo contra la puerta.

La levanté y acomodé su cabeza sobre mis piernas. Esta mujer... Alguna vez fue compañera de colegio. ¿Qué extraña amistad la empujó hasta esta fiesta, sola, sin un amigo o conocido? El recuerdo de su mirada ofendida me empujó la mano sobre su pelo y lo acaricié, invadido de un raro sentimiento que no había sentido nunca por la dama del bolero.

Miré por la ventana. No había nada. Horizonte negro. Una casa, una tienda, un rancho, una estación de policía, un poste, un perro viejo, nada. Enfrentado a la impotencia de acelerar el tiempo y atrapado entre ese taxi con una mujer medio muerta y un conductor indolente, le eché mano al recurso estúpido de que la culpa la tuviera el barbero. Si no hubiera demorado tanto con la barba, yo habría llegado a tiempo a la boda. De haberme incorporado a la fiesta en su comienzo, no habría sido tan fácil presa para el cargo de conciencia de la novia. Pero ya no había regreso.

Después de tanto tiempo de torturarse la cabeza con toda suerte de especulaciones, ya había exonerado a los médicos del puesto de salud que, sonámbulos, habían intentado durante algo más de media hora practicar un lavado de estómago. Un trozo de manguera de jardín, un embudo de cocina, y la fuerza natural de sus pulmones, no habían dado abasto. A esas alturas, ya había perdonado también a los mariscos que la habían envenenado. Al fin y al cabo, no es culpa de ellos que tengan que podrirse una vez los han matado. Además, su culpabilidad no era directa. Si alguien hubiera querido bailar con ella, o si la novia hubiera sentido pena de ex-compañera unos minutos antes, quizás ella no hubiera ingerido la pieza descompuesta que había lanzado su cuerpo a un estado de coma, antesala siniestra —existencia sin conciencia—, última escala de la vida.

Pensó en ella. La vio muerta sobre una sucia camilla. Los párpados cerrados escoltaban para siempre su mirada digna. El vestido rasgado por los torpes procesos quirúrgicos a los que había sido sometida. El rostro deformado. Y un leve rictus de sonrisa que desapareció bajo la única sábana limpia.

Después se hizo el cansancio. Su mente exhausta borró cinco, seis o siete horas de su vida. Había amanecido cuando despertó. El conductor del taxi ya no estaba, ella reposaba muda en su camilla y un uniforme de milicia lo cogía por el brazo y lo sentaba en una banca. La conciencia lo abordaba lentamente.

—“¡Su nombre!”—, preguntó el oficial que me miraba sin ternura. Se lo dije. —“El suyo, no. ¡El de ella!”—, me increpó. *La pregunta golpeó mi mente con la fuerza de una bomba y tras la explosión, me vi entrar desnudo y solo al inexplorado e incierto túnel del azar. No sabía su nombre. Ni su edad, dirección, número de pasaporte, familiares y demás información que obliga un levantamiento de cadáver. La situación era aún peor. El médico dictaminó muerte por envenenamiento, y los isleños—que de eso se alimentan— encuentran imposible que un langostino se dañe y alguien lo consuma sin darse cuenta.*

De ahí en adelante, para mí, es leyenda. Cinco años medido en esta celda repitiendo, uno a uno, cada paso. Conjugando verbos en “hubiera”. Si hubiera buscado ayuda de alguien conocido; si hubiera ordenado al mesero llamar a la novia y no a un taxi; si hubiera buscado un médico privado; si no hubiera ido a la fiesta; si no hubiera accedido a bailar con ella... Pero, sobre todo, si no hubiera tratado al sargento de hijueputa. Mejor aún. Si no hubiera saltado sobre su cuello para golpearlo sin clemencia.

Aunque todo este tiempo he luchado contra la idea, llegué a la conclusión absurda de que la culpa fue de ella. Acostada desnuda en el silencio de su camilla improvisada, soportaba muda la mirada lasciva del sargento quien sin ningún afán la examinaba. Y yo, que la noche anterior había considerado mala suerte tener que bailar con ella, de pronto, me vi herido hasta lo más profundo por la *dignidad violada de una mujer que estaba muerta y cuyo nombre ignoraba.*

La ira humana del sargento tomó todas las posibles formas burocráticas. Incomunicado, acusado de homicidio, sin pasaporte ni plata, fue llevado a un puesto de policía no muy lejos del

centro de salud. Con cargos pero sin juicio, se decidió su envío silencioso a la apartada prisión de la isla. Poco tiempo después supo que su nombre encabezaba un parte en el que se concluía: "Abandonó la isla con mujer desconocida".

Sé que mis amigos, todos ellos que estaban tan contentos, dejaron de buscarme hace años. Entré a formar parte de las estadísticas. Y no entré solo. Me fui con ella. ¿Cuál es la diferencia entre estar vivo o muerto? La Negra Tomasa empieza a tornarse agresiva, pero siempre y cuando Matías cante, yo seguiré escribiendo. Si pierdo mi lápiz, lo siguiente a perder es la vida.



La rueca
Por
Marcela Lemarie

Marcela Lemarie

Nació en 1949

**Realizó estudios de Ciencias
de la Comunicación**

en la Universidad de Antioquia.

**Ha participado en varios talleres
de arte de la ciudad de Medellín.**

**En 1985 obtuvo primera mención
en el Concurso Nacional**

**de Cuento Argemiro Pérez Patiño
de la Universidad de Medellín,**

**y en 1988 su libro de cuentos
la *Barbarie del tiempo***

**fue publicado dentro
de la Colección**

de Autores Antioqueños

de la Gobernación de Antioquia.

La primera vez que lo vi estaba reclinado sobre unos cojines en el suelo. Cuando cerramos la puerta el salón-comedor permanecía en la penumbra. La única luz provenía de la bombilla del corredor. Iluminaba con un círculo amarillento el cielo raso y se difuminaba hacia abajo oscureciendo los extremos. Cuando entramos, todavía riendo, nada llamaba la atención. El lugar parecía vacío a no ser por una música proveniente de un rincón. Al fondo los cuartos insinuados por los marcos de las puertas se perdían en la oscuridad. Al lado derecho la cocina. Del otro, el salón espacioso que se iluminó cuando cerramos la puerta, interrumpiendo el sonido la presencia de las voces y de la risa. La primera vez que lo vi miraba hacia nosotros con desconcierto, como si regresara de una irrealidad. Nosotros lo mirábamos indecisos, pero para entonces mi amigo había ido y venido trayendo cojines y almohadas que dejó sobre la madera del piso, junto con las botellas de aguardiente y los pequeños vasitos de plástico. Nos fue presentando aprisa, un poco a gritos. El hombre dejó el rincón con un gesto evidente de incomodidad, ganando a pasos lentos la distancia hasta nosotros. Recuerdo bien ese momento. Sobre todo sus ojos negros porque acudió a mi memoria un dibujo que tiempo atrás había examinado largamente, en un libro de alguna biblioteca. Un muchacho muy bello, tal vez un pastor. Abrazaba un corderito sobre la hierba. Detrás los árboles y arriba el cielo. Su mirada me impidió dejar de con-

templarlo. También su rostro. Poseía esa extraña tragedia sin sombras ni angustias de algunas almas abrasadas, confinadas por el fervor espiritual en el cual se instala la pasión sensible y atribulada, aflorando a los ojos en forma de quietud triste, como si adentro se hubieran quebrado los actos vencidos dejando asolado el corazón. Su piel era pálida. Por ella no parecía circular la sangre sino una linfa transparente que, según la vida, podía enturbiarse con la aflicción o con el frenesí. Recuerdo sobre todo sus ojos solos, agonizando lo incomunicado.

Nos fuimos dejando caer sobre los cojines buscando la pared para apoyarnos, continuando con el mismo tono la conversación de antes, intrascendente, cuando caminábamos desde la cafetería por las calles negras y húmedas repitiendo los dibujos de colores móviles bajo las farolas de los automóviles, encandilando cuando avanzaban por los charcos, y las luces titilantes de los avisos sostenidos a los tejados o a los muros de los edificios, dejando sobre la acera y la vía un corto destello que el agua se bebía, y en el cerebro azules, rojos, anaranjados, verdes, sin que sobre el pavimento pudiera identificarse ningún tipo de mensaje. Solamente la rapidez de la luz y la quietud de los declives ocultos a los reflejos.

Me gustaba mucho esa ciudad nacida al pie de la montaña. Del otro lado el horizonte abierto creaba la sensación de no tener fin. Y mucho menos aquella avenida atravesada por puentes. Solía detenerme en la mitad de uno de ellos, inclinarme sobre la baranda con la cabeza colgando para sentir el vértigo de la velocidad de los carros cuando se cruzaban abajo, perturbando mi inmovilidad las vibraciones del concreto en el momento en que un bus iniciaba el avance por el puente donde me encontraba yo, naciendo en los oídos, terminando en los pies, creyendo realmente que ese montón de fierros y de cemento se partían, conservando la mirada clavada en la vía y la atención enajenada por la súbita trama que acudía a mi mente: el desprendimiento del cuerpo del suelo, lanzado por la baranda, declinando, un accidente, pero de hecho un suicidio puesto que todo permanecía igual, menos el cuerpo. Si uno estaba alegre no podía hacer otra

cosa que sonreír cuando levantaba la cabeza devolviendo la cordura a las cosas, considerando el horizonte aplazado por la altura de los edificios. Pero si uno estaba triste la vida ponía cara de fatalidad y el alma sentía como un llamado frágil. Era frágil porque no se resolvía el interior del cuerpo y de la mente a abandonarse a ese corto vacío. Me preguntaba cuáles serían los pensamientos, los últimos pensamientos en ese lapso de vida cuando la conciencia está confrontada entre la muerte y ese hábito del descenso inevitable. Si en ese proceso tan rápido de morir vendrían a la memoria los recuerdos. Si la angustia o la desesperanza cegarían tanto que la conciencia abdicaba, desertaba de su acto, o si una intrepidez desheredada auxiliaría la congoja acercando la paz, la paz del alma. El alma sin cura, creando una situación de fe, de confianza a través de esa eutanasia del espíritu que optaba por prescindir del suceso material trascendiendo el suicidio, y en el descenso una sonrisa ingrávida acudía a los labios en lugar de un postrer suspiro. ¿O no habrían pensamientos? No quise pensar si tendría oportunidad el arrepentimiento cuando el cuerpo empezaba a ocupar el aire, y cerca al umbral la desesperación perdía su razón de ser preguntando. De todas formas acostumbraba a detenerme en la mitad del puente, y seguir caminando hasta el pequeño parque de enamorados abandonados sobre la hierba, las manos entrelazadas, besándose bajo la sombra de los arbustos, los rostros escondidos pero descubiertas las piernas, y según la tensión podía deducir si ya habían hecho el amor porque permanecían laxos, mirando el cielo entre caricias suaves y dulces; sino la pasión hacía su ronda porque los pies se mantenían quietos insinuando que las manos estaban ocupadas, y bruscamente cambiaban de posición, se cruzaban, se encogían, se estiraban para sostener después el cuerpo tenso, arqueado, y por lo sonrosado de sus rostros sabía de la premura envolviéndoles los pasos oprimidos tomando cualquier rumbo. Me sentaba sobre la hierba, y de nuevo fijaba mi atención sobre la avenida y el puente mirándolos desde ese ángulo.

Esa noche todo estuvo mal, hasta el tiempo que en última instancia había impedido una despedida rápida. Llovía mucho

cuando me acerqué a la ventana para distraerme de ese alegato subido de tono, desafiante y violento. Observaba a los tres hombres impedidos de comunicarse entre los propios gritos y la distorsión de sus palabras. Vistos a esa distancia parecían monologando. El dueño del apartamento, borracho, agitaba los brazos desde su cuerpo recortado por el suelo donde se sentaba con las piernas cruzadas, manipulando con la copa en el aire, saltando el aguardiente sobre la madera, gesticulando con voz pastosa, arrastrando las palabras. Mi amigo con los ojos desorbitados, balanceándose sobre las rodillas, cayendo súbitamente hacia un lado, volcando la copita y el vaso con otro reguero más grande que ya nadie se ocupaba de secar, intentando sentarse entre la maraña de sus movimientos torpes. El hombre que habíamos conocido, menos borracho, tenía los ojos y el corazón afiebrados. Mis amigas dormían. Antes de poder comprender, no sé, quizás me distraje, se habían ido a las manos, y antes de que retomara el silencio sentí a ese hombre besándome inaudita y repentinamente.

Me desperté con la claridad que se filtraba por entre la tela deslucida de la cortina. El color tenue del cielo me decía que era temprano, o que era una mañana de esas en las cuales el sol se olvida de dar luz, de avanzar, y desorienta el tiempo cuando se asoma la cabeza por la ventana buscándolo, y no sólo no lo encuentra, sino que se encuentra con el espacio cortado por los edificios impidiendo aproximar la hora. Hambre no tenía. Me asustaba moverme pero mis ojos se fueron espabilando, y dejando de mirar hacia la ventana recorrí las paredes, el techo, el suelo. No había nada. Únicamente yo, el closet y la puerta caoba rompiendo con la blancura de los muros y del cielo raso. El temor me condujo a esa clase de curiosidad fantasmal donde uno virtualmente desaparece después de preguntarse con desconcierto, ¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?, con la memoria reprimida e insegura, siguiendo el movimiento del cuerpo que se levanta en la ausencia de cualquier ruido, sin prestar atención a los recuerdos mezclados a la animación de los pies, absorbiendo los intentos de crujir de la madera con la lentitud, posando primero

una mano y después la otra sobre la chapa, haciéndola girar al ritmo de milésimas de segundo, enviando mensajes con la mente. Por la rendija no vi a nadie, ni oí nada. Me atreví a salir. El olor a cemento de la víspera se había desvanecido. El aire cerrado hedía a alcohol y a colilla. Me acerqué al salón-comedor. Las cosas permanecían sin alteración, detenidas, atestiguando cómo había terminado la noche. Los discos esparcidos, las botellas vacías, las copas retorcidas, los ceniceros llenos, la ventana, y afuera el cielo pálido, el verde limpio de las hojas. Sólo la luz había cambiado. Los apartamentos del otro lado también permanecían. En la cocina había restos de comida en las cajas de cartón despidiendo gases rancios. La puerta rajada, tal vez por un puntapié. Tomé un cigarrillo de encima de la nevera y regresé por el pasillo. Los cuartos cesantes de personas y de cosas.

De mí puedo decir que los ojos me brillaban con la alegría de vivir. Esa alegría limpia y confiada que otorga al iris inocencia. Sobre todo porque en ese tiempo me había llegado como una anunciación, algo del más allá. Un sueño sin forma y sin ideas. Una sensación desconocida. Me preguntaba de qué estaba hecho eso tan parecido a mí que me planteaba la vida en términos felices, sin tener en cuenta las decepciones pequeñas ni las lágrimas distanciadas, que finalmente decidía estar de parte mía y de eso estaba hecha yo. La anunciación estaba ahí, pero no como algo afuera de mí sino como una materia real en mí. Yo sólo consideraba su retardo en el tiempo, pues yo vivía y ella sólo me acompañaba. Cuando empezó a ser consciente, sentí ambigüedad. No puedo describir ese paisaje móvil que me apesaba, que tenía la cualidad o el defecto, no sé, de hacerme creer en él, independientemente de mí. No lograba interpretarlo. Aca-so era ajeno a mis circunstancias de entonces.

Vivíamos en un apartamento viejo y húmedo, con esa clase de carencias que hacen compañía a las formas de vivir sensibles y románticas, en las cuales parece haber de todo y de nada porque la vida está enfrentada al día, no se sabe por qué, y el futuro no molesta ni amenaza aunque cada madrugada arranca peque-

ñas maldiciones. Vivíamos allí con el desorden de lo inestable, trabajando de día o de noche, o sin trabajar. El, él tocaba violín, estudiaba mucho, especialmente cuando estaba abatido, entonces veía sus ojos como la primera vez, habitando regiones lejanas y abismales. Su melodía lo invadía por completo dejándolo enervado y abstraído, impotente de hacer nada. En esos estados tomaba pastillas —antidepresivas—, me decía, y se iba desconectando. Me apenaba ese sentimiento desconocido que se adueñaba con tanta fuerza de su ser, venciénolo por encima de su deseo. Sucedió cuando interpretaba repetidamente a Paganini, como si penetrara algo muy profundo y se le escapara... Con el tiempo observé que el lirismo de la música iba apropiándose de su sensibilidad, deambulando por las cuerdas un quejido hiriente y susurrante, y yo que no sabía nada, noté que para él el sonido se alteraba involuntariamente, llegándole como un mensaje cifrado que lo trastornaba y sumía.

En esos periodos yo no sabía si prefería la noche o el día. No me atrevía a salir. Mi única comunicación era la ventana y dar frente a ella vueltas al obsoleto destino, a las circunstancias dolidas, de manera que yo misma parecía no existir y estuviera desplomada sobre el pensamiento, con el tiempo detenido de la incertidumbre. Había empezado a sentirme fuera de lugar, desposeída, y no quería más mis propias murmuraciones condenándome a través de esa presencia que me hablaba de un amor feliz, del abrazo, del hombro reclinado, y sin embargo día tras día estaba yo como al principio, sin nada, triste, circulando alrededor de las paredes, de las puertas oscuras por el barniz antiguo y gastado. Eso era lo desconcertante, esa voz siguiéndome con el sonido monótono de su eco, a velocidad muy lenta, demasiado lenta, haciéndome sentir un ya casi y yo viviendo la melancolía inmensa, para siempre, donde permanecía enredado ese hombre lastimado, sin poder salir de ella. Quizás algún día nuestras palpitaciones dolorosas encontraran su réplica, entonces el cielo se tomaría gris y tormentoso. Sería un tiempo de duelo para la esperanza desvanecida, por eso deseaba un poco la ternura ahora, y no me atrevía a acercarme porque él acaso no

pensaba en el amor. Y yo, yo podía ser culpable de acercarme o no. De todas maneras me dejaba un mal sabor comprender que lo que cruzaba por mi mente no estaba al alcance de mi mano, y fuera a costa de mi vida cayendo desde su peso hacia el abismo. No buscarlo no era cuestión de orgullo. El permanecer sin actos era más bien una reflexión. Me hubiera gustado que me necesitara pero llegaba la noche oscura con su eterno desvelo, y yo sin saber si dormir o esperar la luz nueva que me vistiera con la oscuridad de los ojos vencidos, el sueño. Hubiera querido transmitir mis pensamientos así fuera a la noche, pero en la noche todo duerme. Nada me hubiera oído. Cada ser está comunicado consigo mismo, sin otro diálogo que los sueños distorsionados por esa información de la memoria inventando las pesadillas de los deseos, la subconciencia que da y quita ocasionando tan poca felicidad. Así eran mis días. Lo veía de espaldas a mí y quería amarlo, pero siempre esa voz insistía en encantar-me el amor con disfraces similares a complicadas ideas. Empecé a perderme en ese laberinto donde amar hubiera sido una ventura inverosímil, por la cual los ojos se elevan al cielo con forma de plegaria, pero no, vivía otra suerte de amor. Estaba lejos, diferente de lo inverosímil. ¡Ay! si sólo son los suspiros del alma alucinados, si duran el momento de la comprensión. Si este tiempo amargo imita el muro enorme de una prisión donde se permanece desprotegido.

Después de todo había cambiado. De sus ojos se había retirado la melancolía tornándose crueles y endurecidos. Me miraba, ¿Con rencor? No sé. Yo perdí mi expresión alegre y confiada. La de mi corazón era taciturna. Desde ese estado creía que me observaba con acritud, como si gozara viéndome perder, robándome la energía, la ilusión, la vida. Cuando la conocí pensé que tenía oportunidad. No imaginé mi destino irrevocable. Cuando ellos llegaron al apartamento, desde la esquina donde estaba escuchando música, tuve tiempo de pensar muchas cosas. Deseaba estar solo, concentrado en el sonido del violín, pero había llegado a una situación extraña en la cual cada vez con mayor frecuencia perdía la melodía de las notas. Una a una las

iba absorbiendo el mismo sonido. Me causaba temor porque mientras estudiaba me ocurría lo mismo, a pesar de saber que a cada disposición de los dedos correspondía una nota. Me desconcertaba. Por eso después del primer momento me alegré. Cuando estábamos borrachos únicamente pude verla a ella, con la magia de no saber por qué nos llama algo la atención, acaso por el alcohol que grava en la memoria ciertos hechos con conciencia, y los otros los abandona al subconsciente dejando la noche incoherente en manos de otros testigos, en tanto el alma se ocupa de la otra realidad. La vi acercarse a la ventana buscando qué hacer, distraída con la lluvia y luego girando hacia nosotros para observarnos. En ese momento percibí esa extraña comunicación que me produjo contracciones en el corazón, una súbita sensación que me hizo detener. Para mi alma yerma era un absurdo porque los sentidos empezaban a cambiarme el mundo por esa dimensión hechizada donde la mente vaga libremente, sin tiempo ni espacio, la ilusión, obligándola a estar ahí. Y ese inesperado calor había sido un mensaje tierno que me incitó a observarla y luego a avanzar hasta ella para saber si era, tocarla para cerciorarme de que existía afuera de mí.

Ella se vino para mi apartamento. Mi solitario apartamento al que le fue dando vida como me la dio a mí. He de reconocer que me envolvió con su dulzura, y yo la acepté como un despertar, me embriagué de ella aceptando de nuevo la luz en mi mente. Esa luminosidad que deja destellos de alegría sobre los días, las cosas y nosotros mismos. Era feliz cuando la contemplaba asomada por la ventana mirando el aire que se volvía cielo azul más arriba, o el patio deslucido y gris donde se venteaba la ropa, rodeado de materas grandes sosteniendo hojas verdes y flores fucsia, rosa, blancas. Su rostro limpio y sonriente acercándose al mío con tanto amor, con esa libertad de la comprensión. Cuando salíamos a pasear cogidos de las manos por las calles infinitas de la ciudad, circundados por tantas personas serias o sonrientes, con las miradas perdidas por las ideas, entrando y saliendo de los locales. ¡Qué visión tuve entonces! Al subir el

bosque de pinos con fiambre y grabadora, sentados sobre la tierra desnuda, envueltos por la niebla y el frío, dándonos calor con la proximidad y con traguitos de aguardiente, escuchando Elvira Madigan en ese silencio que se perdía entre los árboles, como si el mundo fuese enorme y sólo nosotros dos lo habitaríamos, con la fascinación del frío adherido con su forma verde de musgo a los troncos, abrazándolos. Un lugar a donde no llegaban los pasos de los hombres. Después dejábamos nuestro recuerdo envuelto en la memoria del silencio y llegábamos a las primeras callecitas de la ciudad vieja, donde las luces se encendían bajo los aleros de las puertas oscurecidas por la claridad del cielo. Bajábamos haciendo resonar los pasos sobre el empedrado hasta el apartamento. Entonces vivíamos un poco aislados, acaso por mi manera de ser incomunicada, y también porque no necesitábamos más. Así lo creía yo.

Una tarde subía del centro y la vi sentada en una cafetería con el hombre que la acompañaba esa noche, la primera. Yo que no miraba a ninguna parte, que caminaba siempre elevado, miré hacia adentro quién sabe por qué, tal vez porque a veces entrábamos a tomar café, ... y la vi con él, y él tomándole una mano suya. Parecían conversar íntimamente. Me detuve el tiempo suficiente para darme crédito de lo inimaginable, y ya me alejaba cuando el tipo me reconoció. Sólo supe caminar perdido, con la prisa de ella cerca a mí.

No me valió nada. En mis ojos quebrantados se grabó esa visión como un hecho. ¿Y qué razón, qué podía explicarme? Lentamente fui subyugado. Mis sentidos se alejaron y con ellos la esperanza. El violín extravió el sonido repercutiendo en mí con la misma nota inmóvil. Angustioso padecimiento que rompió mis vínculos abandonándome en el espacio imaginario, esa lejanía que lo aprisiona a uno solo impidiendo tender los brazos, induciéndolo a arrasar, a destruirse. Y la veía. Veía su gran amor, su paciencia para mí.

Su rostro se fue empalideciendo. A su sonrisa se le fue adhiriendo un gesto de amargura... A sus ojos una tristeza opa-

ca. Su corazón se fue sellando como su boca y su cuerpo. La última vez que se abrazó a mí, rompió el misterio de mi conciencia, trayendo mi memoria primitiva, dándome lucidez esa noche de luna que alejó el poder nefasto de las visiones, visiones provenientes de afuera de mí, robándome el amor, debilitándome, negándome. Esa noche fue como volver a verla cuando llegó al apartamento, asustada. Un recelo que se abandonó a la noche y se despertó temprano para recorrer a pasos lentos el pequeño lugar. Ese lugar sombrío al que yo no había sabido llegar como tampoco a mi interior. Ella sí. Ella tradujo mi fragilidad en el espacio frío, habilitándolo para que me viera sin temores. Y yo era así, frágil, necesitado. La veía yo como purificando solitarios sentimientos. A ella yendo y viniendo con esa manera de caminar enamorándose, esa manera de encontrar en lo común y corriente lo perdido, esa explicación, esa razón de ser de las mismas cosas repitiéndose en el tiempo y esa insondable tristeza cuando faltan, extendiéndose como un paisaje sin sosiego en uno mismo. No sé por qué lo hice. A partir de esa noche me empezó a envolver otra vez el silencio, alejándome para siempre. Una depresión amenazante como cuando el azul del cielo se oculta por nubes grises enfriando el aire, y en lugar de desatar la lluvia se gastan las horas en oscurecerlo, trayendo la noche y de nuevo así, sin transcurso, sin dar oportunidad al sol o a la luna, cautivos. Y ella se fue perdiendo, no al igual que yo acostumbrado, sino en el dédalo quimérico que empieza por encantar el corazón embrujando la esperanza, asida a lo maravilloso, esa suerte de felicidad tan próxima a la realidad, y que cuando avanza se desvirtúa bloqueando los sentidos, permitiendo el acceso a la inmensidad donde se crean otras dimensiones, habitantes del tiempo y del espacio, otras memorias inscritas en lo pasado y que acechan el porvenir, y en la vecindad de la comprensión el destino se encierra, vedando, abismando el alma. Extraño dolor. No pude soportar su aflicción, esa cosa mía. No sé por qué lo hice. Solo sé que la contemplo eternamente.



Camila
Todoslosfuegos
Por
Juan Diego Mejía

Juan Diego Mejía

Nació en 1952

Es matemático

de la Universidad Nacional.

Ha publicado *Rumor de muerte*
y *Sobrevivientes*, libros

de cuentos ambos. Tiene inédito

“Amigos y traiciones”, del cual

hace parte el cuento “Hombres

del cine matinal”, mención

en el primer Concurso de Cuento

de la Cámara de Comercio

de Medellín. En 1991 publicó

A cierto lado de la sangre,

novela.

Yo fui un auténtico jarli, pero desde el 15 de noviembre de 1971 soy un recuerdo que se va. En estos años vi madurar a Camila como un árbol al sol y al agua sin esconderse de las noches frías ni de los días tristes. Su cuerpo se está ajando, y no queda ni sombra de esa piel tibia que me sonreía en mi garaje o echados en la tierra húmeda y arenosa de las montañas que recorríamos en mi Harley Davidson.

Para Camila soy apenas un leve dolor en su alma, un débil recuerdo que conserva como una mascota frágil en los rincones oscuros de esta casa donde por mucho tiempo fui una presencia que la atormentaba.

Veinte años pasaron y no hay dudas de que disfruta su soledad. Es una mujer que aprendió a vivir sola y sin esperanzas, sabiendo que se está volviendo vieja. Ella lo siente porque cada vez son menos las propuestas que le hacen los hombres en esas largas caminadas desde su trabajo hasta la casa. Muchas veces la detuvieron manos extrañas, y bocas oscuras le pidieron besos y sexo. Camila sólo aceptó en escasas ocasiones, y lo hizo pensando en mí, agrandando este recuerdo. Así los trajo hasta acá. Sin mirarlos a las caras. Sin encender las luces para no espantar mi memoria agonizante. Temerosa de descubrir la verdad en el reflejo de las ventanas o en el resplandor de los espejos. En silencio, ahogándoles los gemidos, los llevó a su cama y allí los amó y se dejó empujar al vacío. Sé que luego buscó

mi imagen. Algo que la pusiera a salvo de la tristeza, y sentí su llanto débil, tan débil como el recuerdo que ahora soy en su vida.

¡Quién hubiera pensado hace veinte años que Camila se iba a volver vieja! Ahora camina despacio por la ciudad y todos los días aparece en esa puerta cuando ya se ha oscurecido. Entra y en la primera silla de la salita de estar descarga los paquetes que trae del mercado. Sin encender las lámparas deja los zapatos en la puerta del baño, y no la cierra cuando se sienta a orinar. Le gusta mirar desde allí hacia la oscuridad, y en esos momentos siente el resuello de mi recuerdo cada vez más débil, ahora frágil, yo diría imperceptible.

En su rutina la he visto acariciar mi fotografía donde estoy con gafas rayban espejo y patillas largas, como era la moda en 1971. A veces se detiene a buscarme en esos químicos que residen desde hace tiempos en el papel enmarcado, me acerca a su pecho robusto y cuarteado por los años, y me besa con los ojos cerrados. Ya no salen lágrimas de esos óvalos grandes y maduros.

“Camila Cienfuegos”, me gustaba decirle. Cien fuegos, querida, así como suena, le dije cuando se sentó junto a nosotros la primera vez y preguntó con esa vocecita que me atrapó desde el comienzo: “Camila qué?”. Cien fuegos, mil fuegos, todos los fuegos, le insistí sin explicarle que mi hermano Juan en ese entonces hablaba todo el tiempo del guerrillero cubano y otras pintas soberbias que él mantenía en la cabecera de su cama. Juan se identificaba con ellos, pero a mí sólo me interesó ese nombre porque me imaginaba en una moto grande de la que salía candela por todas partes, y me veía como un demonio con gafas oscuras. Ella no alcanzó a saber la verdad del apodo que desde entonces le puse, y mi gente la dejó así: Camila.

Para mí fue como una bendición su llegada esa tarde al café donde los jarlis escuchábamos en silencio las mentiras de Octavio. Ya había oscurecido afuera, y la calle Sucre se veía triste desde la mesita repleta de humo. Entró moviendo la cabe-

za en forma nerviosa como si buscara a alguien. Repasó una a una todas las caras de los que en esos momentos nos ahogábamos en el café, y cuando me tocó el turno dije en voz tan baja que apenas pudieran escuchar quienes más cerca estuvieran: "Camila cienfuegos", y sonreí mirándola a esos ojos negros. Sin embargo me oyó y apartó con un suave movimiento de su mano izquierda el humo que había viajado hasta ella. Caminó despacio hacia mí y se inclinó para pedirme una aclaración acerca del nombre.

Con el tiempo me he preguntado por qué se quedó con nosotros esa vez en el café. Quizá en su elemental forma de ver el mundo esperaba la explicación respecto a lo de Cienfuegos, o tal vez también le gustó esa combinación de palabras. O, lo más seguro, se quería dejar atrapar esa tarde por algo que la sacara de la tristeza, porque, igual que a mí, nada en el planeta podía librarla de las ganas de llorar cuando se iban acercando las seis de la tarde. Por eso me quedé mirándola hasta cuando Octavio dejó de hablar a la media noche. Me deslicé por esa piel que sonreía y la recorrí milímetro a milímetro con mis ojos sintiendo que el calor de su superficie me quemaba los párpados. Siempre me gustó mirarla sin hablarle, pero ella se sentía incómoda y se echaba el pelo sobre la cara. Cuando por fin se descubría ya era otra persona, dispuesta a dejarse mirar, a permitirme jugar con su croquis sin tocarlo. Así nos excitábamos delante de Octavio y los demás jarlis que siempre hablaban de cosas ajenas a los mil fuegos de Camila.

Hay que mirarla bien ahora. Ignorar la robustez de su cara para leer en ella toda la historia, porque hoy parece una matrona con el pasado olvidado. Empieza a tener lentitud en su forma de andar, y en las noches come con avidez en la mesa solitaria de esta casa, sin importarle la grasa que retoza en su cuerpo. Ya los calzoncitos no se adhieren con suavidad a las líneas de su piel. Ahora los muslos se le juntan y le sepultaron la gracia de su paso. Pero siguen ardiendo todos los fuegos en ella y yo los veo desde este lugar donde todavía vive la memoria.

Me duele pensar que ya casi me ha olvidado y pronto dejaré de ser este recuerdo que todavía me permite vivir cerca de ella. Cuando me olvide no sé qué va a ocurrirme. Quizá me convierta en un gemido extraviado en el viento. Así, de vez en cuando, en sus caminatas vespertinas por la ciudad, me va a escuchar y sabrá que soy un llanto que sigue mirándola desde cualquier parte, como antes, cuando llegó a la mesa del café para quedarse, sin molestarse por el humo, ni por el engreimiento d Octavio y ni siquiera por el sentimiento hostil que despertó en las muchachas del colegio Mary Mount que llegaron después invitadas, por supuesto, por Octavio. Camila llegó para quedarse y mi gente, es decir, los jarlis, y yo sentimos que nuestras vidas se perdían en largas tardes de un deseo inexplicable.

Todos quisimos amar a Camila. Estábamos acostumbrados a arrebatarnos los amores porque éramos niños ansiosos de besos y sexo. Octavio era el jefe de los jarlis desde la muerte de Enrique. El estaba hecho a la medida de su moto. Su figura casaba con la silueta de la Harley Davidson: prognático y nari-gudo. Oseo, piernas y brazos alargados. Era un jarli perfecto: veloz y presumido. Usaba pulsera con escudo de águila en el brazo izquierdo. Su pelo amonado brillaba con el sol de las cinco de la tarde. El me enseñó a tocar mujercitas en el cruce de la calle Junfn con la Playa. Es cuestión de seguridad interior, me decía mientras estábamos parados frente a la vitrina de la Continental aparentando ver libros pero alerta a la cercanía de una falda. Había que mirar de reojo hacia Junfn y estar listos con las manos despiertas dentro de los bolsillos de la chaqueta. Esperábamos que hubiera tumulto, entonces simulábamos empujones hasta pasar cerca del objetivo. Era necesario arrimarse y sentir el perfume que llevaban detrás de las orejas. Sólo en esos momentos sacábamos las manos impacientes y las dejábamos caer en la terminación de las piemas.

Nos hicimos asiduos y expertos. Llegamos a ejercitarnos hasta el punto de atinar a coger con índice y pulgar el elástico a través de las falditas sin que se nos enojaran en plena calle. Así recogíamos recuerdos que mascábamos más tarde en el café,

y mucho después en la soledad de las cobijas. Construíamos historias en voz alta y bebíamos cerveza para lacrar el sobre de las fantasías. Eran momentos efímeros que tratábamos de eternizar en la memoria, y siempre teníamos presente el sonido de unos pantaloncitos en los dedos, el calor de una respiración, la cercanía de unos labios. Por eso, cuando apareció Camila, todos quisieron tocarla, palpar con los dedos adiestrados la textura de su ropa interior, o beberse su boca sin respirar. Sin embargo, a pesar de que se quedó con nosotros desde esa noche, no parecía dispuesta a entregárenos.

Camila todavía canta. Sin saber inglés llegó a conocer de memoria las canciones de los Beatles y los Rolling. Ahora canta baladas. Temas tristes y sin esperanza que escucha todo el día en su trabajo de la floristería. Canciones distintas a las de aquellos años cuando empezó a vestirse como las amigas de Octavio, con yin apretado al cuerpo, boticas a media pierna y camisetas negras. Las del Mary Mount terminaron por soportarla porque Octavio quiso que perteneciera al grupo de jarlis. El mismo la llevó a pasear en su motocicleta y la obligó a aferrarse a su torso huesudo. Camila siempre estaba alegre. Se reía con fuerza y a todos nos transmitía como un corrientazo por los cuerpos. Poco a poco Octavio fue renunciando a tenerla porque sin perder su alegría ella se le mostraba indiferente. Yo seguía mirándola y soñando con tocarla como un terciopelo. Ya me llegaría el turno. Mientras tanto dejé que las cosas sucedieran por sí solas. Hice esfuerzos por pasar las horas sin sentir que me quemaba por dentro, y me apegué como nunca a mi Harley. Pasé horas de verdadero alivio encerrado en el garaje de mi casa, brillando la moto, desarmándola y armándola, mirándola de lejos, viendo cómo entraban los rayos de sol hasta ella y producían reflejos fascinantes, convertidos con el tiempo en compañeros de contemplación, acariciadores como mis ojos y mis manos, ansiosos también por salir a pasear en la Harley. Pero aprendí a esperar encerrado entre llantas viejas, rines oxidados, olores a gasolina, aceite y brillantina. En medio de ese silencio de los garajes del barrio, sobreviví a pesar de que Octavio tardó una eternidad en renunciar a Camila.

Ahora también espero. Está cercano el día en que ella abra la ventana y exhale lo que todavía le queda de mi memoria. Entonces tendré que irme y deshacerme en la nada, renunciar a verla envejecer por completo, dejar que sea otro quien se tome los últimos sorbos de su alegría.

Si veinte años atrás supe esperar, ahora que no tengo más alternativas también lo hago. Mientras tanto disfruto reconstruyendo esos tiempos alegres, cuando Octavio dejó de acosarla todos los días desde temprano en la mañana, y pude decirle de nuevo y de frente: Camila cien, Camila mil, Camila todos los fuegos. Y desde entonces mi Harley y yo sentimos su cuerpo muy cerca, su respiración caliente en mi cuello, sus muslos abrazando la silla. Hasta las del Mary Mount parecían contentas porque por fin Octavio quedaba libre otra vez. Pero éste sólo sentía que había perdido su honor.

Sé que Camila fue sincera, pues en toda la casa no he visto una sola fotografía de Octavio. En cambio yo sí estoy ahí petrificado por la cámara de alguien que ya no recuerdo y quizá ya tampoco existe. Sonríe hacia un punto indefinido, y a un lado está mi Harley. Jamás he escuchado que ella pronuncie el nombre de Octavio, ni tampoco me parece que invoque su recuerdo cuando se toca en las noches. Por eso creo que todo valió la pena hasta ahora, y será importante hasta el día en que un vientecito frío saque mi recuerdo de esta casa para siempre.

Por supuesto que esa tarde yo sospechaba que las cosas podían terminar como por fin ocurrieron. Pero me bastó mirar a Camila con el cabello revuelto por la brisa, y el sol bordeándola sin tocarla, para entender que debía aceptar el reto de Octavio. El estaba ciego por la rabia y mostraba huellas de sufrimiento en la cara. Su Harley también sentía dolor y trazaba círculos en la calle al tiempo que rebufaba con furia cuando las del Mary Mount lo rodearon para calmarlo. Todo se fue presentando sin que nadie pudiera impedirlo, y así quedó sellado el duelo frente a las miradas de las amigas de Octavio.

No sé quién le habló a Camila de honor. Nunca supe si en los vecindarios en donde se crió la gente conocía los códigos del valor. Lo cierto es que ella no dudó un instante cuando Octavio dijo que el asunto se definiría esa noche del 15 de noviembre de 1971 en las Harleys. Todos la miraron como pidiéndole su intervención. Llevaba puesto un yin viejo y una camiseta desteñida. El viento había enmarañado su pelo y tenía el mismo aspecto desamparado con que la vi entrar al café la primera vez. Pero en sus labios había algo, igual que en sus ojos y en el resto de su cuerpo. Era un elemento nuevo, una mezcla de felicidad y tristeza, dentro de esa ropa descolorida donde respiraba con la fuerza suficiente para desafiar la soledad del resto de su vida. Desde allí me miró como si quisiera darme el valor necesario para enfrentar lo que venía. Le envié un beso a través de las miradas hostiles y acepté la cita a la media noche.

Camila cantó a mi lado toda la tarde. Estuve tendido en una manga junto al seminario menor mirándola con el cielo al fondo. Hubo nubes que se movieron como en una danza macabra sobre su cabeza. Sopló el viento húmedo que habita en esas montañas al oriente de la ciudad y jugó con el cabello de Camila. Al caer la noche ella me abrazó con fuerza y con la voz entrecortada me pidió perdón. Era el mismo gesto que aparece en su cara cuando besa mi fotografía amarillenta. Por eso sigo esperando, y lo haré hasta el último segundo en que haya un leve recuerdo de mi amor en ella.

Camila era valiente. Esa noche la calle estaba mojada cuando llegamos a la puerta de la Voz de Medellín. Gente que antes jamás había visto se me arrimó para verme de cerca. Recuerdo que estreché las manos de hombres y mujeres que me sonreían al mirarme. Entre esas manos sentí la frialdad de las manos de alguien que me miró como miraba Enrique y se sonrió como se sonreía Enrique, y también se perdió entre el tumulto antes de que pudiera recordar que Enrique había muerto en un duelo igual al de esa noche.

Las del Mary Mount le pidieron a Camila por última vez que nos hiciera desistir. Ella caminó entre la neblina que flotaba en el aire y me dio un beso en la frente. Esa vez no pronunció una sola palabra aunque sabía que segundos más tarde Octavio y yo volaríamos en nuestras Harleys en busca de la muerte. Ella estaba enterada de que eran veintisiete cruces de calles entre la partida al frente de la emisora y la llegada en la puerta del colegio de San José. Si ninguno de los dos tropezaba con un carro en las intersecciones, entonces serían otras veintisiete oportunidades para resolver nuestro lío al regreso, y de nuevo hasta cuando hubiera motivos para detener la carrera con honor.

Camila lo sabía. Lo sentí en sus labios sobre mi frente, sin embargo no tuve miedo y me acomodé en mi Harley mirando de reojo a Octavio que también tomaba posición. El picó primero, luego mi moto saltó por reflejo y se fue al lado suyo. El primer cruce lo pasamos como un relámpago y apenas alcancé a ver las luces de un automóvil a nuestra izquierda. Los siguientes estuvieron vacíos y Octavio no se detuvo al llegar al portón del colegio al final de la ruta. Dio vuelta en seco y rugió con toda la rabia que aún le quedaba hacia mí. Se lanzó en punta para dejarme atrás como si buscara desaparecer disuelto en la noche. Sentí como nunca su valor y pensé que por algo había sido el jefe desde la muerte de Enrique. Octavio era un auténtico jarli.

Cuando terminamos la primera vuelta las muchachitas del Mary Mount gritaron como si su equipo hubiera hecho un gol. Para entonces la noche nos había enfriado las caras, y la calle parecía un espejo oscuro. En ella brillaban los avisos de neón de la emisora y las luces de las dos Harleys que combatían. Alcancé a ver a Camila que se había aislado del resto de la gente, y levantó su mano izquierda hasta la cara. Si hubiera podido detener mi moto habría visto las lágrimas que ya se le metían a la boca. Pero no hubo tiempo de nada. Instintivamente me adelanté y llegué primero que Octavio al cruce con la carrera Ecuador. Entonces sentí que el mundo se partía como una cáscara de huevo, y que bajo mis manos ya no estaba la Harley.

Creo que di varias vueltas en el aire como un astronauta, luego caí lentamente en un colchón de flores rojas, húmedas y fragantes. Recuerdo que de nuevo vi a Camila cantando a mi lado y sobre su cabeza otra vez danzaron nubes macabras.

Después del entierro hasta los jarlis se olvidaron de mí. Sólo para Camila seguí siendo un recuerdo amable y fuerte en su alma. La he acompañado en su soledad durante estos veinte años y comprendí que los muertos también envejecen. Ahora estoy cerca del final verdadero, de ese que tarde o temprano les llegará a todos, inclusive a Octavio, a las del Mary Mount, a los jarlis, a las muchachitas que se dejaban manosear por nosotros en la calle, y también a Camila. Estoy a punto de quedar borrado de este mundo. Soy un recuerdo que se va. Sólo quiero cerrar los ojos y echarme en este rincón donde todavía puedo sentir a Camila. Sé que cuando los abra de nuevo, ya me habré ido de ella.



La carretera

Por

José Ignacio Murillo

José Ignacio Murillo

Nació en 1961

**Comunicador Social
de la Universidad de Antioquia,
es en la actualidad coordinador
de la sección cultural
del periódico *El Mundo*
de Medellín.**

**Ganó los concursos de cuento
de la Universidad de Antioquia
con *Una roca que no rueda*
en 1990 y de la Universidad
Autónoma Latinoamericana
de Medellín con *La Noche Sueña*,
en 1991. Fue finalista
del Concurso de Cuento
de la Secretaría de Educación
Municipal de Medellín**

I

Los hombres del puerto hacían su algarabía de cada tarde. Ella hablaba mirando las balandras, sintiendo el olor de las trufas y los arenques. Sus palabras apenas podían escucharse cuando pasaba un hilo de viento y las llevaba junto a las piedras renegridas del puente viejo.

Allí, en medio de todo, pude al fin hablarle de la selva y el mar

Había pasado el tiempo del asombro con las hazañas de Dumont, ya el señor Bleriot nos había contado lo que sabía acerca de los aeroplanos.

Le describí el curso de los ríos, con nombres que le sonaban enigmáticos. Atrato, Truandó, Catatumbo, Porce, Cauca. Escuchaba un rato, la mirada lejana, y luego decía que parecían golpes de un tambor resonando entre los árboles. Pensaba en algo que había visto en un libro ilustrado de Steiner. Uno acompañado de mucha soledad escuchando el fondo del silencio.

Abría los ojos grises y después de un rato, cuando el ruido de un landó la sacaba de sus pensamientos, se refa.

Eran las tardes. Pasaban con historias recién inventadas, de hombres que se internaban en el monte. Dejaban mujer y niños, pocas veces se los alzaban, cerraban su casa del pueblo y se iban a buscar una lengua de tierra buena a la orilla del mar. A veces se quedaban para siempre, cansados, en el recodo de al-

gún río. Eran gente de agua y tumbaban árboles, eran gente de amar y vivían solos, respirando de cerca el mismo aire de los tigres.

Caminando por los puentes, bordeando las calles altas que permitían ver una sombra de San Marcos, yo pensaba en ciudades mientras le hablaba del monte.

Una ciudad al lado del mar, el calor golpeando la frente de los comerciantes que se afanan en la plaza. Ella en la soledad de su casa:

—Será difícil —decía—. Mi familia quiere irse, enviarme a un internado.

Era gente de otro tiempo. Los Prunzisky. Le habían puesto el nombre de Imelda pensando en alguna historia medieval. Su madre caminaba transparente por los cuartos de la casa. Las ventanas cerradas durante el verano, los muebles pesados, cristales antiguos esperando el invierno para reflejar el hielo de los canales.

Las manos sin guantes de Imelda me invitaban a seguir caminando por esas calles que no conocíamos. Ella repetía:

—Todos se irán

Desde muy lejos se escuchaba el ruido del agua hasta que un carruaje salió de la bruma. Dos caballos inclinaban el testuz y despedían columnas de aire caliente. Pasaron con la lentitud de un funeral. El cochero agitaba el látigo como un ciego enfurecido palpando la oscuridad. Las ventanillas estaban cerradas.

Después, cuando pasó el estruendo, miramos hacia el mar. Parecía dibujarse una flotilla de balandras tratando de avanzar hacia la rada de Lido.

—No es el verdadero mar —se me ocurrió decirle

Repetía que yo era un hombre extraño. Poco silencio, ideas saliendo de ninguna parte. Mi acento como el de un hombre que se pasa los días merodeando por las tabernas del puerto en una mezcla de idiomas, olores, desiertos, mares, selvas.

—Haremos una carretera. Saldremos de las montañas y veremos el agua que se amontona más allá de la quebrada Santa Elena.

Seis iglesias, casas con techo de barro y ventanas grandes de madera a un palmo del cordón de la vereda. Me oyó decir que uno podía subir al cerro Nutibara y ver el valle como una alfombra verde.

En el centro un nido de casas

—Allí podrían aterrizar aviones, aunque algunos digan que no, montar una fábrica de deslizadores para viajar por el Magdalena en menos tiempo que un vapor.

Ella apenas escuchaba. Conocía el silencio

Doblamos por una calle empinada, un callejón oscuro en el que sobresalta el letrero de un almacén. En la vitrina sólo había trastos viejos, vigilados por un hombre que dormía sobre una mesa. El viento hizo sonar la campanilla de la puerta pero nada cambió en el lugar.

—Algún día iremos al mar, el verdadero. Escucharemos juntos el ruido del agua —le dije.

Nos alejamos por entre la penumbra que apenas comenzaba. La ciudad vieja se ocultaba más que nunca. El tiempo era seco. De trecho en trecho volvían a sentirse los olores del puerto y el griterío ronco de los estibadores.

Nos habíamos convertido en dos sombras nada más cuando el hombre despertó y salió a la puerta de su almacén. Nos vio de lejos al darnos un beso como figuras de un teatro chino. Ya el sol estaba en el último borde del horizonte.

Ella decidió irse. Vestido azul, brazos delgados. Miraba hacia atrás algunas veces, tropezando con las piedras levantadas por las ruedas de los carros.

Yo me quedé en la esquina, solo, tratando de escuchar lo que no decía y presintiendo que en cualquier momento volvería a pasar el viejo carruaje con las cortinas negras y el hombre de gestos ciegos.

II

Sin hablar, quieto entre los árboles, puedo escuchar el crepitar de la tierra. Un pájaro tapando el sol, aleteando frenético entre las ramas hasta posarse en una piedra del precipicio. El río, grueso y descolorido, pasa haciendo un ruido hondo.

Música para las piedras

Es raro. Hace una semana, junto a estas mismas breñas que empiezan a desgranarse, me había detenido para pensar en el silencio.

Veo a los hombres que ponen una carga y corren a ocultarse. La tierra tiembla. Después, cuando queda un metro más de carretera, todavía oculta entre la polvareda, se miran como si regresaran de un lugar lejano.

Es su historia de todos los días. Levantarse con la noche retumbando en los oídos, acostumbrar las manos al filo de las piedras, mirar la montaña como un cielo que puede alcanzarse.

Mi hermana Marichú dice que ellos terminarán como lobos de las montañas, aullando a las lunas de agosto, formando manada para salir en busca de sus presas.

Pero es que ella nunca ha venido a la carretera que nos llevará hasta el mar. No ha sentido el mediodía abriéndose paso y las piedras rodando hasta alcanzar la orilla del río Sucio.

Uno viene a este lugar y todo parece una ilusión perdida. Apenas se ve gente consumida por el sol, un campamento de

toldos amarillos. No parece una carretera todavía. Algún día lo será.

A veces los ingenieros vienen y me preguntan algo sobre el trazado. Pero yo no puedo responderles nada preciso. No pienso en cifras, no hago cálculos exactos de lo que he soñado. Nada más me acuesto al borde de la fuente, mirando las barandas del patio en claustro y escuchando a Marichú que habla con las plantas. De inmediato vienen galopando a la memoria —como Aldebarán, el bayo de mal genio— muchas cosas que olvido el resto de las horas.

Una tarde en el Bois de Boulogne. El campo de La Bagatella inundado de autos recién inventados, muchachas vestidas con los colores de un otoño suave, alguien recitando a D'Annunzio. En el centro de todo estaba Santos Dumont, el hombre que ese día asombraría a todos volando con su aeroplano de madera.

Años después, segundos después, cuando repican las campanas de la Candelaria, oigo tronar el carro que me traje desde París. Vuelvo a conversar con Louis Bleriot una mañana junto al Sena: deslizadores para el río Magdalena, motores de avión para acortar las distancias, una empresa que cambiaría la vida de Puerto Berrío y de muchos otros lugares.

Por entre las nubes pasa una nave de Scadta, despierto un poco y veo a Marichú que conversa o reza con un cura de San Ignacio. Murmuran como el agua.

Vuelvo al sueño hasta encontrar la tarde de los Prunziskyi caminando por el bosque de Villa Borguese.

La condesa me dice que ya Imelda está en otra parte. No quiere hablar más del asunto, sólo que tomemos el té y miremos desde la ventana el final de la tarde. Hay mucho cielo desde su casa. Abajo está la calle y el coche antiguo que vuelve a pasar como una pesadilla. Cortinas negras cerradas al día.

Acumulo el tiempo en un cenicero como sucede en una película de Arturo Acevedo. Antes del fin llega una carta al Club Unión para el señor Mejía. El hombre de librea se inclina sobre la mesa haciendo sonar el almidón del cuello y la pechera.

Son muchas hojas escritas desde un cuartucho de Grenoble: voy a morirme, estoy muriendo desde hace muchos años, escapando a la guerra. Ahora te escribo para que sepas. No olvido. Esa mañana en la playa de Lido. Ahora es de noche tarde, debo apagar la lámpara y después morirme en un lugar rodeado de árboles, escuchando el agua, como decías. Morirme amparada por el silencio de Dios. Imelda.

En el club todos escuchan la historia y prometen guardar silencio. Al fondo, junto al bar de la piscina, se afanan los muchachos del Jazz de Pasos.

Mis amigos están pensando en otra película como la que hicimos hace años. Pablo Tobón dice que sería algo así como "Bajo el cielo europeo" o "Al final de la carretera", fotografiada por los Acevedo en cintas de nitrato, cine mudo, teatro envuelto en un murmullo esperando que el maestro Prisciliano Arcila haga las señas para entonar un fox o un shimmy.

Ahora el cielo está empezando a oscurecerse, hace frío en la carretera.

Muy lejos de aquí, en la casa de Sucre con Maracaibo, mi hermana Marichú se debe estar poniendo un manto negro para salir a misa.

III

La noche del campamento es para escuchar. Los hombres se frotan las manos después de tomarse un trago. Para ellos la oscuridad es un juego demasiado corto. Algunos cantan el Puñal sevillano como alguna vez lo escucharon de Virginia Fábregas en el Circo España. Otros, los más callados, apenas sueñan con dar vueltas y vueltas en el tranvía, del Parque de Berrío a la Puerta Inglesa deteniéndose un rato en la Manga del Banco para mirar los títeres de Jaramillito.

Los ingenieros Olarte y Restrepo hablan un poco de la ciudad que ya está lejos y después empatan con el día en que vieron la primera locomotora. Ellos también están aquí para ver el mar.

Algunas veces, parece que al horadarse una colina encontraremos un amplio valle que no estaba en los mapas. Pero después aparecen los árboles, miles de árboles con cientos de años que será necesario derribar.

—Falta poco doctor —dice Olarte mientras viene caminando hacia el Lincoln—. Ocho kilómetros más allá está el mar.

Escuchamos un rato. El viento silba. Ocho kilómetros. Tal vez los más difíciles.

En Medellín hay muchos que no quieren enterarse de la carretera. Piensan que es una ilusión vana del loco Mejía, un gasto que conduce a ninguna parte. Para ellos el golfo no es más

que un charco lleno de alimañas del trópico, incapaz de permitir el arribo de una barcaza.

Siempre han dicho lo mismo acerca de todo. Del teatro Junín hablaron pestes, con el aeropuerto imaginaron toda clase de peligros, dibujaron tragedias en los salones del Concejo y la Asamblea.

Pero vino el coronel Lindbergh y después los técnicos de la Curtis-Wright que dieron su aprobación. Ahora todas las empresas de aviación, hasta las que se oponían al aeropuerto, aterrizan en el Olaya sus Sikorsky, los trimotores Ford o los enormes Douglas que vienen como fantasmas de la guerra.

Es una historia para olvidar, y más cuando termina el día por estos lados, donde se siente que la selva rodea y hay ruidos de animales que llaman al miedo.

Los trabajadores se duermen bajo las carpas del Diez pero nosotros vamos hasta el Lincoln. Hay un olor a maderos recién cortados.

En la oscuridad me parece ver sus ojos muriendo en el cuartucho de Grenoble, ojos oceánicos como decía el señor Hausler.

Tomamos un trago y miramos la carretera durante un buen rato.

Restrepo cuenta la historia de una mujer que fue hasta el campamento. Los hombres se quedaron mirándola, dejaron sus herramientas hasta que ella se perdió entre los árboles. Después todos pensaron que no había sido cierto.

—Es como lo que me pasa algunas veces —les dije—. Uno ve algo y eso puede ser o no ser. Depende de uno. Los demás tendrán que guardar silencio.

—Es cierto —rezongó Olarte antes de dormirse.

Ahora que el mar estaba cerca pensaba en el puerto para barcos grandes. Un aeropuerto en Turbo, casas para todos los que vendrían a ganarse la vida en un lugar habituado al olvido.

En la noche las cosas se juntan. Marichú caminando hacia la iglesia de San Ignacio, dos parejas cruzando el puente de hierro mientras el señor Acevedo le da manivela a su cámara.

Aquel cielo de nitrato, revelado con lentitud en el cuarto oscuro de don Melitón, desaparece al escuchar los silencios de Imelda. El asombro flota en sus ojos llenos de agua.

—Siempre llovía en Cracovia —dice ella

—Pero en Turbo las lluvias se resbalan como fuego sobre la tierra que siempre tiene sed. El golfo suena como si una tribu tocara tambores en el fondo. Algunos bailan sobre la candela —le digo.

—Estábamos solas en la casa. Mi madre y yo viendo caer el polvo sobre los muebles. Una casa muy grande llena de soledades.

—Aquí la gente va a la plaza los domingos. Los hombres ríen con dientes grandes, las mujeres caminan bajo el sol. Son negras de nalgas hinchadas, hablan como pájaros cuando lavan la ropa en las piedras del río. Es distinto el silencio que conocen.

De repente, las cosas empiezan a verse azules, Se siente el ruido del trabajo en la carretera. Olarte y Restrepo ya están dando las primeras órdenes del día.

Muchos hombres, parpadeando mientras ponen la pólvora entre las piedras, ya tienen el brillo del mar en los ojos.

Pienso. Ella no escuchará el sonido de este mar que, si pudiera pasar, está a unas tres horas en el Lincoln. Morirá una tarde de estas, escuchando el crepitar de las piedras cuando pasa, una y otra vez, el enigmático carruaje de Gustavo huyendo de Ruán.

En Medellín siguen diciendo que este camino sólo conducirá hasta el infierno. No escuchamos. Día tras día hemos estado aquí abriendo paso a la incertidumbre. El sol nos abrió muchos surcos en la piel.

Uno de los hombres hace señas desde la copa de un árbol grande. Todos corren. Ha visto el mar. Los techos blancos de Turbo.

Pienso: que desde hoy nos ampare tu silencio.



Los domingos no pasa nada

Por

Lucía Victoria Torres

Lucía Victoria Torres
Nació en 1960
Comunicadora Social
de la Universidad de Antioquia,
hizo un curso de especialización
en la Facultad de Ciencias
de la Información
en la Universidad de Navarra,
España.
Ha publicado
El amor no es una Rosa, dentro
de la Colección
de Autores Antioqueños
de la Gobernación de Antioquia
y cuentos en antologías
de la Biblioteca Pública Piloto
de Medellín,
Cámara de Comercio de Bogotá
y Universidad de Antioquia

El resplandor de las lámparas de neón que desoscurecen las noches del barrio comienza a opacarse con la entrada del alba. Sin embargo, la luz sigue golpeando las calles que se interponen simétricas entre las casas, los edificios de apartamentos y las tiendas.

Un celador de impermeable capa negra que pita al llegar a una esquina, y los autos que de vez en cuando pasan por la avenida son los únicos asomos de vida en el día que está a punto de definirse. De resto, todo es calma, silencio de gentes aún atrapadas en los sueños dentro de sus habitaciones, de ventanas clausuradas durante algunas horas a la luz externa por oscuras y pesadas cortinas.

De no ser domingo, muchas de esas ventanas ya se habrían iluminado con las bombillas caseras. Por ser domingo, todas deberían estar apagadas. Sin embargo, una ventana se toma amarilla en el cuarto piso del único edificio pintado de blanco que bordea la avenida.

La mano derecha de Merceditas ha salido por entre las cobijas y tanteado la mesa de noche, hasta que uno de sus dedos ha tropezado con el suiche de la lámpara y lo ha hundido. Ella ha apretado los ojos por un momento, ha intentado abrirlos pero aún los mantiene cerrados. Vuelve a ocultar su mano en las cobijas. Se da media vuelta y entierra su cara en la almohada de almidonado forro blanco. Ahoga en ésta un bostezo silencioso y

vuelve a quedarse muy quieta. Únicamente se ve su cabeza con la redecilla cubriéndole el pelo. Al parecer ha vuelto a dormirse, pero la verdad es que sostiene una dura lucha para zafarse de sus sueños.

Logra hacerlo al cabo de cinco eternos minutos cuando, como movida por un corrientazo de electricidad, gira rápido la cabeza y abre los ojos que se encuentran con el techo. La blancura del mismo deja de ser difusa después de que los dedos frotan sus ojos. Merceditas tapa un bostezo con la mano, luego otro más. Aparta las cobijas y, con un solo movimiento, sus pies quedan sobre la alfombra y su cuerpo sentado en el borde de la cama. Estira los brazos por encima de su cabeza, entrelaza los dedos de sus manos con fuerza y presiona los labios uno contra otro. Su rostro adquiere una expresión mimosa que se borra con las lucecitas que aparecen delante de sus ojos semiabiertos. Un suspiro largo le devuelve el contacto con la realidad.

Merceditas se arrodilla en el piso, de frente al crucifijo que cuelga en el espaldar de la cama. Junta las manos a la altura del pecho, después de que con la derecha ha recorrido su cara persignándose con morosidad.

—Gracias Dios mío por este nuevo día. Padre Nuestro que estás en los cielos santificado sea tu nombre... Santísima Virgen, ayúdame a ser buena... Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor es contigo... Yo confieso ante Dios padre todopoderoso que he pecado mucho... Que Dios las saque de penas y las lleve a descansar... Animas benditas del purgatorio, librenme de todo mal, peligro y tentación.

Casi media hora pasa antes de que Merceditas separe las manos, se santigüe y abra los ojos que cerró al comenzar las oraciones. Entonces, se pone en pie, calza sus pantuflas y va hasta la butaca junto de la ventana donde yace una bata extendida en sumo orden. Se la pone encima de la pijama de mangas largas y cuello alto. Lo único que sigue viéndose de Merceditas son las manos y la cabeza. El resto son florecitas amarillas y hojitas verdes estampadas en la tela de algodón que con gene-

rosidad se ha empleado en la ancha bata. Con ella recupera en parte el calor de las cobijas perdido mientras rezaba. Una vez mete todos los botones en los ojales delanteros, Mercedesitas se acerca a la ventana y hace a un lado un pedazo de la cortina doble.

Gotas de rocío resbalan sin cesar por ambas caras del vidrio. Mercedesitas se mete entre las cortinas y cruza los brazos. Se extasía mirando las gotas pegadas del vidrio que mueren al llegar al marco inferior de la ventana. Sus ojos parecen ir más allá de las gotas.

—¿Y yo por qué soñé eso?... ¿Por qué? Yo que casi no sueño... Con razón amanecí tan cansada... ¿Qué querrá decir?... Dios mío, que no vaya a ser nada malo —dice, aprieta los ojos y se santigua. Vuelven claras a su mente las imágenes de un perro negro grande ladrándole y mordiéndole la pierna, y de ella botando sangre por la boca y los oídos como agua una canilla abierta. El sueño se niega a abandonar su memoria, a morir en el olvido rápido en el que perecen la mayoría de ellos.

Por un momento más, los ojos de Mercedesitas siguen como si fueran más allá de las gotas. Luego espabila reiteradamente y limpia la humedad del vidrio con una mano. Ya las lámparas de neón han sido apagadas. La luz del día se manifiesta con timidez. No hay todavía rastros del sol. Una niebla espesa y baja confunde la lejanía. Ninguna luz hay prendida en los apartamentos del edificio de enfrente. El celador no se ve por parte alguna.

—Cómo hará la gente para dormir hasta tan tarde... Y con todo lo que hay para hacer —dice Mercedesitas saliendo de las cortinas y de su cuarto.

Entra al baño y cierra la puerta con seguro. Se oye brotar agua del grifo del lavamanos y el sonido monótono de un cepillo de dientes que va borrando el sabor terroso que deja en las bocas el dormir. Se oye luego caer el agua del tanque de un inodoro en la taza y volverse a llenar.

Al cabo de unos minutos de no oírse nada, la puerta del baño se abre y Mercedesitas sale con su pelo ya liberado de la redecilla. Más que para cuidar el peinado en la noche, la rede-

cilla es para que no queden cabellos en la almohada. Dejar pelos en la almohada es un signo de desaseo, cree Merceditas, y si algo en la vida le fastidia es la suciedad. Por eso en días de verano se baña al levantarse y antes de acostarse, así el clima bogotano no obligue a ello.

El cabello de Merceditas luce débil; ondulado y parejo, le tapa del todo las orejas pero no alcanza a rozarle los hombros. Las canas empiezan a apoderarse de su tono castaño, al parecer el original.

Sus ojos se reponen con facilidad del enrojecimiento producido por el agua al lavar la cara. Sin embargo, siguen luciendo hinchados, de ahí que sea difícil por el momento apreciar cómo son en realidad. De todas maneras, estos no constituyen algo especial en el conjunto del rostro de Merceditas, así que no vale la pena hacer más referencias al respecto.

De su mejilla derecha no se borra aún una arruga pasajera labrada por la almohada durante la noche. Las mejillas de Merceditas son flácidas y leves manchas oscurecen en algunas partes su palidez. La nariz que las separa hace prominente el perfil de su cara y los labios debajo de ella escasamente se notan de lo finos que son.

¿Qué cuántos años podrá tener esta mujer? ¿Treinta y tres? ¿Treinta y cinco? ¿Treinta y ocho? ¡¿Cuarenta?! ¡¿Más?!... Sinceramente, la edad en ella es cosa indefinible, al menos su aspecto no ayuda a hacer un cálculo que deje intacta la vanidad y haga justicia a la vida vivida. Lo único cierto es que la juventud en Merceditas es algo ido. Porque es difícil ubicarla en una edad, en un tiempo específico, no le van ni el título de señora ni el de señorita. Para quienes la conocen, Merceditas es simplemente Merceditas...

Pese al cuidado que con seguridad puso cuando se peinó, Merceditas sale del baño llevándose algunos cabellos que cayeron al suelo y se enredaron en sus pantuflas; los pisa una y otra vez en los cuatro pasos largos que da para llegar hasta la cocina.

Entre bostezo y bostezo espera a que el agua se caliente en la estufa y luego la echa en un pocillo donde ha puesto una cucharada mermada de café granulado. Mientras toma el café a sorbos, vuelve a recordar el sueño del perro negro y de la sangre. Sacude la cabeza y cierra los ojos. Al abrirlos de nuevo, se arrima a la barra que le sirve de comedor y se pone a contemplar las plantas.

Las plantas dominan el salón. A primera vista lo hacen parecer un exquisito vivero. Las más grandes rodean las paredes y van sembradas en materos de barro que se levantan desde el piso sobre bases cuadradas de madera; metidas por entre muebles y mesas aprovechan el más mínimo espacio. Las medianas van agarradas con cadenas en las esquinas del techo; sus frondosas ramas se salen de los materos y los tapan. Las más pequeñas descansan sobre mesitas rococó cubiertas con vidrios que oprimen delicadas carpetas de crochet tejidas con sedosos hilos blancos.

—¿Cómo amanecieron mis bellezas? ¿Todavía no se han despertado? Vayan alistándose que las voy a arreglar —les dice Merceditas mientras retira las hojas secas y algunas flores muertas que echa en una bolsa plástica.

—Tan lindas que están... Pobrecitas, una semana sin voltiarlas a ver... Les voy a abrir el mirador para que se despierten del todo y respiren mejor.

La luz ya se ha posesionado por completo de este domingo, pero aún no se ha ahuyentado la neblina, que arroja su frío a la sala por la puerta abierta del balcón. Merceditas tiritita. Frotándose las manos con fuerza va a la alcoba y apaga la lámpara. Luego entra a la cocina. Regresa al balcón con una trapeadora, un par de guantes plásticos, una pala de jardinería y hojas de periódicos viejos. Con estos últimos forra el piso luego de secar con la trapeadora la humedad de la noche. Vuelve a la cocina. Mientras tanto, los helechos esponjosos mueven lentamente sus ramas en las canastas que cuelgan de las paredes laterales del balcón.

Merceditas regresa con una bolsa cuyo peso parece doblegarla, y comienza el trabajo. En adelante lo que sigue es verla ir para allí y para acá una y otra vez, incansable, cargando materos, sacándolos para el balcón, peligrando con el vuelo de su bata que se enreda por entre las patas de los muebles y de las mesas y con las mismas plantas que en la sala esperan turno para ser vaciadas en los periódicos, acariciadas por las manos enguantadas de Merceditas y regresadas con tierra fresca y blanda a sus materos. Es ver las mejillas de Merceditas adquirir poco a poco un leve color rosa que desaparece con facilidad cuando se tira sudorosa en un sillón, luego de arrugar los periódicos enterrados y echarlos en la caneca de la basura, quitarse los guantes, lavarlos en la poceta al igual que la pala, y trapear de nuevo el piso del balcón hasta borrar cualquier pizca de tierra que se haya escapado del forro provisional de periódicos.

—Casi no acabo con ustedes. Dizque mi día de descanso y me hacen trabajar como loca —dice Merceditas a sus plantas desde el sillón—. Pero no me hagan caso... Qué hiciera sin su compañía... Han echado muchas raíces... Y había unas que ya no tenían tierrita, como tú mi chaflera enana.

Por un momento permanece en silencio observando las plantas mientras se airea con las manos.

—Ni un gusanito han dejado que les dé. Ahí me hicieron asustar con una que otra lombricita... Definitivamente no me puedo acostumbrar a que dentro de ustedes tan lindas aniden esos bichos...

Merceditas deja de airearse y se queda pensando

“Cómo harán los pescadores para ensartarlas en los anzuelos con sus dedos... Qué asco, yo me moriría. Es que las lombrices, las culebras y todos esos bichos tan sucios que se arrastran por el suelo siempre son muy fastidiosos... Lo que hay que hacer por mis matas...”

Suspira hondo y cierra los ojos por un instante

“Qué cansancio, qué sed... me estoy mareando...”

Merceditas luce más pálida que cuando se levantó. El deseo de tomar agua le hace recordar que aún le falta regar las matas.

—Eso es lo que voy a hacer en seguida —dice abriendo los ojos y mirando de nuevo las plantas—. Prepárense mis bellezas —agrega levantándose del sillón.

Luego de echarle agua a las plantas, fracasando varias veces en su propósito de no derramar una gota por fuera de los materos, pese al excesivo cuidado que pone en ello, Merceditas empieza a sobarles las hojas con un trapo. Cuando acaba, vuelve a hacer lo mismo pero con otro trapo impregnado sutilmente de aceite. Realmente, secas y libres de una tenue capa de polvo que era imperceptible, las hojas relucen casi más que el sol que, por fin, después de mucho rato tratando de romper la neblina, comienza a posesionarse de su día. Un rayito débil, el primero de la mañana, choca contra la cara de Merceditas cuando está en el balcón.

—Dios, ya apareció el sol y todo lo que me falta todavía. Me voy a quedar sin la misa...

Merceditas mira hacia la calle, luego a los edificios de enfrente, después a los apartamentos de al lado y finalmente se fija en ella.

—Ja, y yo aquí en esta facha y ya los vecinos se están despertando. ¡Qué vergüenza!

Ocho y 10 minutos lee Merceditas en el reloj pulsera que está sobre la mesa de noche. En su alcoba duda si cambiarse la bata y la pijama por algo más cómodo, pero finalmente decide seguir como está y empezar el aseo.

Todo en el apartamento se ve tan limpio, tan calculadamente pulcro... Los tapetes que esconden el piso del salón y de la alcoba parecen acabados de instalar; las mesas, estantes y repisas hacen creer que al pasar un dedo por ellas saldrá igual, y así todo por el estilo. Sin embargo, Merceditas limpia y limpia, soba y soba, objeto por objeto, de rincón a rincón. Todo pasa por sus manos, nada se le escapa. Su agilidad al limpiar sólo se

pierde cuando se trata de las porcelanas, en las cuales se demora un poco más. De los estantes de la pequeña biblioteca de su cuarto saca cada libro; no hay allí novelas ni poesía, sólo la Biblia y textos sobre el Japón y sobre plantas.

En cuestión de segundos, Merceditas vuelve un desorden todo su orden y llena de ruidos el silencio del lugar. Los cojines salen de los sillones y son golpeados sin clemencia por sus manos una y otra vez. La sábana de la cama es reemplazada por otra muy blanca y planchada, la almohada recobra su volumen perdido en la noche. El cepillo de la aspiradora azota las alfombras y las cortinas. Los cuadros, con paisajes y motivos japoneses todos, dejan por momentos las paredes y pasan a los brazos de Merceditas que los cobija y acaricia con un trapo rojo. Un plumero prendido de una larga vara de madera ausculta el punto de encuentro de las paredes con el techo, en una inútil búsqueda de telarañas inexistentes. A las manos presurosas de Merceditas que van indagando rápidas una mugre que no hay, no se escapan tampoco los marcos de las ventanas, los vidrios, las puertas y sus chapas, las lámparas de cristal y sus bombillas, los gabinetes de la cocina y todo lo que contienen, la nevera, la estufa, los butacos, el poyo de la cocina, las patas de los muebles y de las mesas, los zócalos de fina cerámica italiana...

El azote mayor lo reciben con desinfectante el inodoro, el lavamanos, las paredes y el piso del baño. Uno por uno, Merceditas entrega y entrega con cepillo los baldosines. Al retirarles el jabón con el agua recogida en una jarra plástica, se le mojan los pies descalzos y el ruedo y las mangas de la bata que varias veces se zafan en la faena, pese a recogerlos insistentemente. Al sentirse empapada, y mareada por los penetrantes olores de los desinfectantes, Merceditas da por terminada su tarea. La satisfacción por lo reluciente que ha quedado el baño parece premiarle el esfuerzo. La sonrisa que se insinúa en sus labios se borra cuando cae en cuenta de lo mojada que está y de lo mucho que ha sudado, de la sensación de frío y calor que tiene a la vez. Piensa en el hambre que lleva rato acosándola, y en la misa. El espejo arriba del lavamanos le confirma que ella es lo único que

desentona en el impecable apartamento. Decide meterse de una vez a la ducha y bañarse.

—Ay, pero no traje la ropa —dice cuando ya ha cerrado la puerta y empezado a desabotonarse la bata—. No, ni riesgos, y después cómo salgo.

Piensa en lo ordenado y limpio que dejó todo en la sala, la cocina, la alcoba. “Pero tengo que ir por mi ropa.” Se quita la bata, que es la más empapada, saca una toalla del gabinete, se seca los pies, el ruedo y las mangas de la pijama y sale hacia su cuarto. El apartamento luce apacible y casi alegre con el sol que arroja algunos rayos a la sala a través del balcón.

—¡Dios mío! ¡No puede ser! ¿Y fue que yo dejé el mirador abierto? —exclama Merceditas y se queda inmóvil observando las cortinas del balcón que se mueven ligeramente—. Qué miedo. Y si de pronto se entró alguien...

Mira para todos lados. La cocina, la sala y la alcoba, cuya vista se domina desde la puerta del baño, lucen tal cual los dejó al entrar en él. Con sigilo llega hasta el balcón y cierra la vidriera.

—Dios mío, que no se haya entrado nadie. Con tanto ladrón que hay ahora...

Piensa en los cuatro pisos que separan su balcón de la calle y se tranquiliza. No obstante, conserva el mismo sigilo al ir a su alcoba y abrir el closet.

Con un juego de interiores, una blusa, unas enaguas, una falda y un par de medias, Merceditas regresa al baño y cierra la puerta. Después de un corto silencio, se oye el agua salir por la ducha, pero ahí mismo el sonido se apaga. Se reinicia una vez Merceditas ha puesto el seguro en la chapa de la puerta del baño.

Es costumbre de Merceditas trancar las puertas, sobre todo cuando de despojarse de sus ropas se trata. En las noches, antes de ponerse la pijama, lo primero que hace es pasar el cerrojo a la puerta de su alcoba, juntar muy bien las alas de las cortinas de la ventana y apagar la luz principal. La gruesa cortina color

café no deja traslucir nada hacia afuera. Sin embargo, Merceditas prefiere cambiarse con la penumbra que deja la luz de la lámpara de la mesa de noche.

Algo raro le pasa a Merceditas con su cuerpo. Aunque vive sola, no sale de la ducha a vestirse a su alcoba. Siempre lo hace en medio de ese vaho húmedo que deja el agua caliente e impregna todos los objetos del baño. No es capaz de salir al menos envuelta en la toalla para vestirse afuera con mucha más comodidad... Teme que la toalla no se sostenga amarrada al pecho y caiga al suelo, y se ruboriza con sólo pensar que podría quedar desnuda en medio del pasillo, así no haya nadie más. Tampoco se atreve a bañarse del todo desnuda, por eso se queda con los interiores cuando lo hace... Qué se le va a hacer. Así la enseñaron en su casa y nunca ha podido hacerlo de otra manera. Son costumbres que es incapaz de dejar.

Si Merceditas tuviera ahora abiertas la puerta del baño y la de la ducha, podríamos ver cómo le gusta el agua. Le gusta que el chorro caiga largamente sobre sus piernas y su espalda, sus brazos y su cara, su cabeza. Veríamos además que con el estropajo enjabonado en exageración frota duro sus pies, sus rodillas, sus codos, sus brazos, su cara, sus orejas, sus uñas, sus axilas; estrega y res-trega como si fuera la primera vez que se bañara en mucho tiempo. Es que a Merceditas, por sobre todas las cosas, le gusta sentirse limpia. Lo que no le gusta es que el estropajo recorra los senos, las caderas, el vientre, el pubis. Como no puede evitar que sus manos tengan que meterse por entre los pantalones y el brasier mojados, porque por sobre todas las cosas le gusta la limpieza, lo hace fugazmente y mientras el agua le está cayendo encima. Cuando llega el momento de desprenderse de sus interiores, se pone contra la pared y se cubre con una toalla que sostiene con sus dientes hasta que los cambia por los secos... como si alguien la estuviera viendo... En fin, que un baño de Merceditas con tanto detalle tarda su buen tiempo. Por el momento parece que no va a salir, hoy es domingo y el domingo es el día del baño especial. Mientras lo concluye, hablemos de otras cosas y dejemos tranquila su intimidad. Allá ella con su manera de bañarse.

Decía al principio que para quienes la conocen Merceditas es simplemente Merceditas... Merceditas, la de los buenos modales, delicadeza, discreción y lealtad innatas. La que no sabe proferir críticas malsanas contra nadie y sí entender los errores de los demás. La que la va bien con todos, pero no tiene amigas en especial ni se le conoce ni ha conocido pretendiente alguno. A la que nunca se le ha visto de mal genio, y con amabilidad y enorme paciencia resuelve cada momento, cada día, cada semana, las dudas de todos en la empresa cuando olvidan cómo operar el programa del computador, y responde como si fuera la primera vez las mismas inquietudes enseñadas una y otra vez en los cursos de inducción. La que recuerda siempre el cumpleaños de sus compañeros y goza obsequiándoles pequeños detalles: un elefante de cristal en miniatura, una porcelana en miniatura, una cajita dorada, un cofrecito de terciopelo, así de ella nadie se acuerde ni sepa si cumple años o no. La que cuando se ríe le da como vergüenza, como si no tuviera derecho a hacerlo. De la que sólo se sabe en la empresa que se ganó un carro en la rifa anual de la cooperativa, lo vendió porque el conducir no va con su modo de ser, se compró un apartamento pequeñito de una sola alcoba porque en algo útil había que invertir el dinero, y a él se fue a vivir sola, no obstante tener familia y vivir con ella en paz y amor en una casa grande en un buen sector de la ciudad, pues alguien tenía que cuidar el apartamento nuevo y alquilarlo era echarlo a perder. Merceditas, la que logró pasar los diez años en la empresa y para celebrar pidió las cesantías, las juntó con sus ahorros, sacó vacaciones acumuladas, pagó un cupo en una excursión de dos meses al Japón y cumplió así el sueño de su vida: conocer el país de la delicadeza y las miniaturas como ella lo llama, por el cual lloró todo el viaje de regreso y algunas semanas más. Merceditas, la que no fuma, no baila y bebe sólo una copa de vino en navidad y otra en año nuevo, los únicos días que trasnocha. A la que no le gustan las canciones y prefiere la música estilizada, sin letras, que no digan nada. Merceditas, la que actualmente ahorra para...

Más que pasada de moda la ropa que luce Merceditas al salir del baño es simple: una blusa habana de seda, de manga larga, botones por delante y cuello alto, y una falda de paño un poco más abajo de la rodilla, plisada y con cuadritos en distintos tonos café y habano. Eso es todo.

Al abrir la puerta del closet mete los pies, cubiertos por las medias veladas, en unos zapatos también café. El closet abierto deja ver una línea de vestidos de telas estampadas en flores menudas, más faldas de paño, unas de fondo entero otras a rayas o cuadros finos; blusas de manga larga, sacos delicados de lana, varias carteras de cuero con sus respectivos zapatos, todos de tacón bajo. Es un conjunto en tonos pastel con partes en azul oscuro, negro, café y gris.

Mientras va hacia el espejo del baño, anuda los lazos de la blusa a la altura el cuello, dando lugar a un moño que cae sin gracia. El espejo así lo refleja, pero Merceditas no parece percatarse de ello. El pelo mojado ya está peinado. El rostro, tal cual quedó con el baño. Es que ni siquiera las uñas de las manos se las pinta... Ya nada más queda por hacer en el baño, excepto recoger los implementos de limpieza que antes usó, la bata, la piyama, los interiores, la toalla... Merceditas deja el baño como si nadie lo hubiera usado y va a la pequeña zona de ropas junto de la cocina. El desorden desaparece por completo en la lavadora y en los gabinetes debajo de la poceta.

"Bendito seas mi Dios, no voy a poder comulgar... Si me voy sin desayunar no llego ni a la esquina... Y si me desmayo por ahí quién sabe qué me puede pasar... Con la inseguridad que hay hoy en día..."

Parada frente a la barra, Merceditas aún no se decide a empezar a masticar las galletas con mantequilla.

"Pero cómo dejo de comulgar hoy domingo, ni riesgos... ¿Qué hago? Bendito seas mi Dios, yo por qué me dejé coger de la tarde... Es que me demoré mucho bañándome... Por qué seré tan lenta..."

El café cada vez echa menos humo

“... Tocaré ir a la misa de doce. De todos modos ya la de once no la iba a alcanzar completa, y eso sí, llegar tarde a misa no vale...”

Merceditas se sienta en uno de los butacos. Con lentitud moja una galleta en el café y se la lleva a la boca.

“Se me dañó mi horario hoy... Por qué me cogería la tarde. Ya voy perdiendo una hora... En fin, qué se le va a hacer, aprovecho este rato y voy a la tienda antes... No me explico qué pasó con el queso, estoy segura que lo eché...”

Más concentrada en lo que piensa que en lo que hace, Merceditas moja otra galleta en el café.

“No se me pudo haber olvidado, a mí nunca se me pasa nada... Pero si lo traje, nadie pudo haberlo cogido... Qué me estará pasando... Ah, cuándo serán las vacaciones...”

El periódico que es echado por debajo de la puerta interrumpe por un instante los pensamientos de Merceditas.

“¿Será que no me voy todavía?... Debería irme ya... No, mejor me quedo, el queso también puede esperar, lo compro cuando salga de misa... Así no me encarto...”

Merceditas se baja del butaco y recoge el periódico. Con él y el café que toma a sorbos se acomoda en un sillón de la sala. Sin proponérselo, se saca los zapatos y estira las piernas.

“Por qué habré amanecido hoy tan cansada. No es ni mediodía y ya estoy sin ganas de moverme. Con tal de que no me vaya a enfermar”, piensa y pasa la primera hoja del periódico.

“Hasta bueno poder leer el periódico antes de la misa... Claro que no tendré con qué acompañar el almuerzo... Qué va, por un día en la vida que haga las cosas distinto no me voy a morir...”

Todo en el apartamento es calma, todo quietud, todo silencio interrumpido tan sólo por el pasar de las hojas del periódico. Por momentos, los ojos de Merceditas intentan cerrarse, por segundos se dan por vencidos en la lucha por mantenerse abiertos, dejan de ver las letras y se pierden en una oscuridad instantánea

que al pasar deja la sensación de haber sido larguísima. Así transcurren varios minutos.

De pronto, los ojos de Merceditas se abren exageradamente, su espalda se retira del sillón y sus piernas se recogen. "Hallan mujer violada y ahorcada en su apartamento."

—¡Dios! Qué cosas las que pasan...

Nuevamente el sueño del perro y la sangre perturban la mente de Merceditas, igual que cuando el agua caía por su cabeza mientras se bañaba. Pero la curiosidad ahuyenta rápido el mal recuerdo y, aunque impresionada, Merceditas avanza en la lectura de la noticia: "... la mujer, de 28 años, vivía sola y no tenía amistad con ninguna de las personas del edificio donde residía desde hacía un año. Las autoridades creen que el atacante entró al apartamento por una ventana que fue hallada abierta, pero no tienen pistas..."

—¡Dios mío! Y yo que dejé este mirador abierto... ¿Y si de pronto se entró alguien?... Mi Diosito, que no se me haya metido nadie...

"...la mujer fue hallada desnuda en su cama con huellas..."

—¡Virgen Santísima! Yo no revisé debajo de la cama... —exclama Merceditas y el ritmo de su corazón se acelera. Permanece petrificada en el sillón. Sólo se mueve su corazón cuyos latidos la fatigan y le impiden hacer lo que desea en ese momento: salir corriendo a la calle.

—Dios, dame serenidad, tengo que ser capaz de llegar a la puerta... El no se puede dar cuenta que ya sé que está ahí —se dice. Para Merceditas ya no queda duda de que un hombre, que le va a hacer lo mismo que a la mujer del periódico, entró mientras lavaba el baño y se ocultó debajo de la cama.

Con gran esfuerzo de su voluntad, respira hondo varias veces. Cuando su corazón late con menos fuerza, Merceditas se levanta despacio y a tientas va hasta la puerta de salida del apartamento. La chapa no cede ante sus manos sigilosas pero nerviosas que pegadas a ella con fuerza tratan de traer la puerta hacia adentro. De la manía de esta mujer de trancar todas las

chapas no se escapa nunca, de ninguna manera, la puerta de salida; cada noche le gira dos veces la llave, la que pone luego debajo de la almohada, por si acaso. Merceditas recuerda que cuando ordenaba su alcoba al comienzo de la mañana, sacó la llave y la puso en la cartera que ahora se encuentra sobre su cama. Se siente desfallecer. Le parece que el hombre ya llega, la atrapa entre sus brazos por la espalda y le tapa la boca para que los vecinos no oigan sus gritos pidiendo auxilio.

—Dios mío, Dios mío, no, no lo permitas, protégeme — dice entre dientes respirando agitada. Mira implorante una imagen de la Virgen que yace en una repisa de la sala y ve borrosa.

—Sálvame de esto Virgencita. Ilumíname. ¿Cómo voy por las llaves? ¿Cómo?

Las lágrimas están a punto de brotar de los ojos de Merceditas cuando suena el citófono. Es el portero que llama a excusarse por no haber subido el periódico esa mañana a primera hora como siempre.

—... pero es que cómo le parece que había un tipo como raro merodiando por aquí desde temprano y no quería dejar la portería sola.

—No se preocupe Rubén que yo los domingos nunca leo el periódico hasta que... ¿Cómo dijo? ¿Uunn hooombre merodeando por ahí?

—Sí, pero a la final no fue nada, el tipo lo que estaba haciendo era buscando una dirección. Eso dio vueltas y vueltas por el barrio hasta que yo le pregunté desde la puerta que qué le pasaba y le pude ayudar...

—.....

—Oiga su merced, permíname la intromisión, no bajó usted pa' la misa. ¿Amaneció enferma?

—.....

—Su merced, su merced, ¿le pasa algo?

—... No Rubén... No, estoy bien, sólo que me cogió la tarde... Merceditas quiere decirle al portero que el hombre que vio

se ha metido en su apartamento. Teme que el hombre la oiga. Sin embargo, se arriesga y, hablando en voz baja, empieza a contar a Rubén lo sucedido:

—Rubén es que cómo le parece que yo estaba lavando el baño y antes había estado en el mirador con las matas y lo dejé abierto, y yo no me di cuenta y cuando salí por la ropa entonces fue cuando vi que...

—Su merced...

—... no lo había cerrado y entonces lo cerré y me metí al baño pero ya...

—Su merced, su merced, qué pena con usted, voy a tener que colgarle, ahí vienen los patrones del tercero y tengo que abrirles. Me alegro que esté bien y ahí me perdona lo del periódico.

—Rubén, pero es que...

Después de que el portero cuelga, Merceditas intenta llamarlo, pero al temor de que el hombre la haya oído se suma el de que el portero no le crea. Por eso desiste de levantar el teléfono. Se queda quieta pensando por varios segundos.

“Lo mejor es que me tranquilice, a lo mejor el hombre salió cuando me estaba bañando... Sí, así debió haber sido, de lo contrario ya habría hecho algo.”

Mira el salón, observa la cocina. El interior de la alcoba no lo alcanza desde donde se encuentra, sólo la puerta.

“Todo está como lo dejé... No pasa nada Mercedes, no pasa nada, serénate... Por Dios, es que esta inseguridad nos está matando de los nervios a todos.”

Los ojos de Merceditas van a la puerta del balcón. Luego lo hacen sus piernas con sigilo. Verifica que la vidriera permanece con cerrojo como la había dejado antes de meterse a la ducha.

“Si entró no pudo haber salido por aquí... ni por ningún lado... Por la puerta no entró, sigue como la dejé anoche... Qué hago... Ah, no me he fijado en la ventana de la pieza... Voy a ver.”

Con mucho más sigilo que antes, Merceditas se dirige a su alcoba. Cuando está a punto de entrar, se detiene y se dice:

—Eh, ¿y cómo pudo haber subido cuatro pisos sin que lo vieran? ¿Y cómo los iba a subir?...

Se devuelve para el balcón pensando en lo último que ha cavilado. A través de la vidriera mira hacia el firmamento en el que predomina más el color azul claro que el blanco.

“¿Será que me estoy dejando llevar por la sugestión?”

Merceditas mira otra vez la imagen de la Virgen en la sala

—Tú no dejas que me pase nada, ¿verdad?...

Como si la imagen le hubiera contestado lo que anhela, Merceditas se dice cerrando las cortinas del balcón:

—Definitivamente me estoy embobando, y otra vez me voy a quedar sin la misa. No hay por qué preocuparse.

Decidida, va a la alcoba. Entra y ni se inmuta por mirar debajo de la cama o verificar cómo está la ventana detrás de las cortinas. Apresurada saca un suéter del closet. Luego se acerca a la cama y toma la cartera. Avanza rápido por entre la sala y la cocina hasta la puerta de salida mientras busca las llaves en la cartera, pero no logra echarles mano aunque las oye sonar, lo que la obliga a detenerse por un momento en la puerta. Finalmente las encuentra, abre y sale.

—¡Ah, el reloj!

Vuelve a entrar al apartamento. Ajusta la puerta, va a su cuarto, toma el reloj de encima de la mesa de noche, lo echa en la cartera, sale otra vez y cierra. Mientras espera el ascensor en el pasillo, de espaldas a la entrada de su apartamento, se pone el suéter y con les manos se alisa el pelo que ya se le ha secado. En esas está cuando llega el ascensor solo. Antes de meterse en él, Merceditas mira pensativa la chapa de la puerta de su apartamento.

—Bah, no hay por qué preocuparse, nada va a pasar —se dice. Deja de detener la puerta del ascensor y entra rápido.

Cuando las dos alas se están juntando de nuevo, Merceditas no puede evitar volver a mirar la chapa de su puerta por última vez.

“Lo único raro que puede pasar un domingo es que uno se pierda la misa por estar bobiando”, piensa. Con una Merceditas preocupada porque, de todas maneras, va a llegar tarde a la misa, el ascensor baja los cuatro pisos.

—Que le vaya bien su merced

—Gracias Rubén. Si me preguntan, que yo vuelvo en una hora

Nadie irá a buscarla, como siempre, pero ello no es motivo para que Merceditas deje de informarle al portero, como siempre, cuánto tiempo estará por fuera.

Con los pasos más largos que pueden dar sus piernas, cruza la avenida sin fijarse muy bien si vienen autos cerca o no. Al tomar la acera, y antes de empezar a acortar la distancia que la separa de la iglesia, no puede evitar mirar hacia su apartamento. Lo hace tan fugazmente que no se percata de si la ventana de la alcoba está cerrada o no, pero es cuando se convence de que tomó una buena decisión al no echar llave a la cerradura, por primera vez desde que vive sola.

“Así él puede salir y no lo encontraré cuando vuelva... Ojalá se vaya rápido... Espero que no se me robe nada...”

Y Merceditas sigue obligando a sus cortas piernas a dar pasos largos para llegar rápido a la iglesia, no vaya a ser que de verdad pase que este domingo pierda la misa por segunda vez.